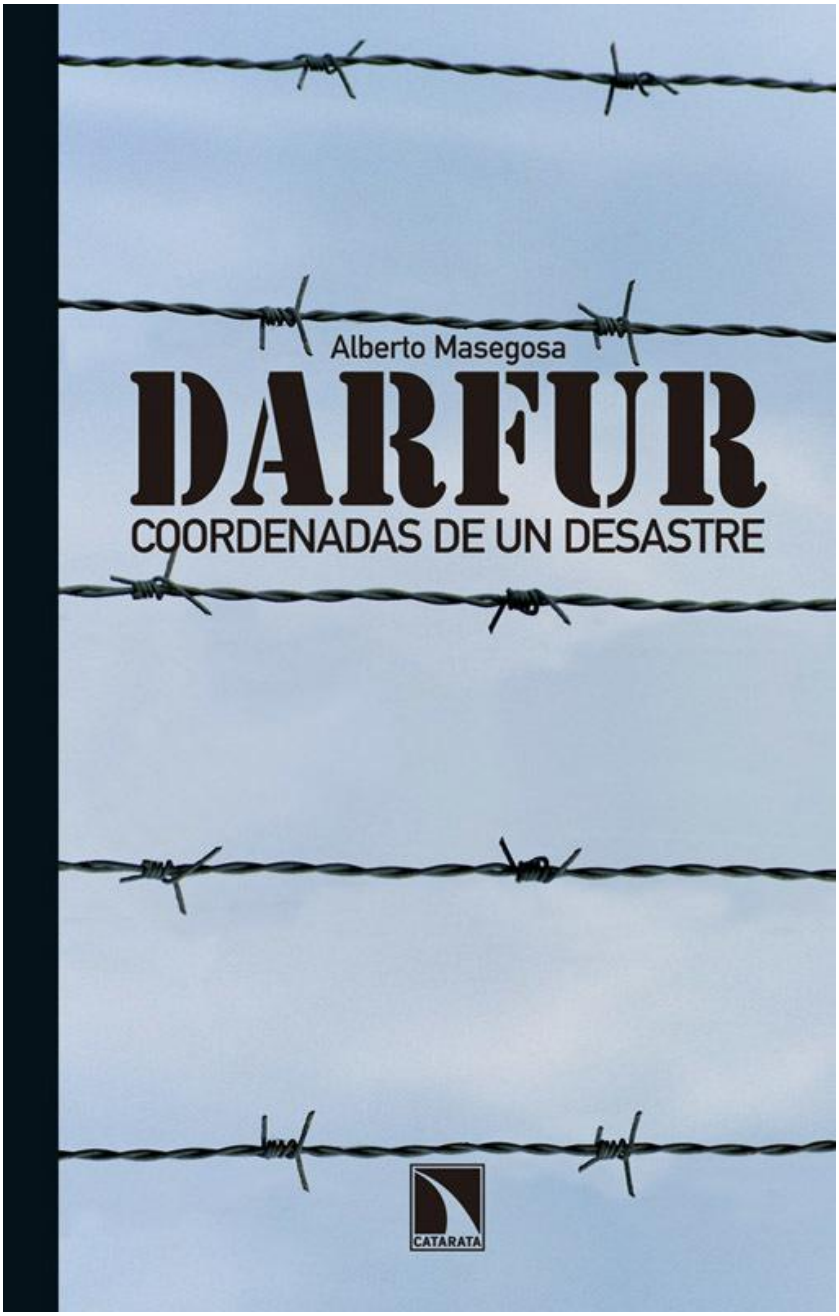
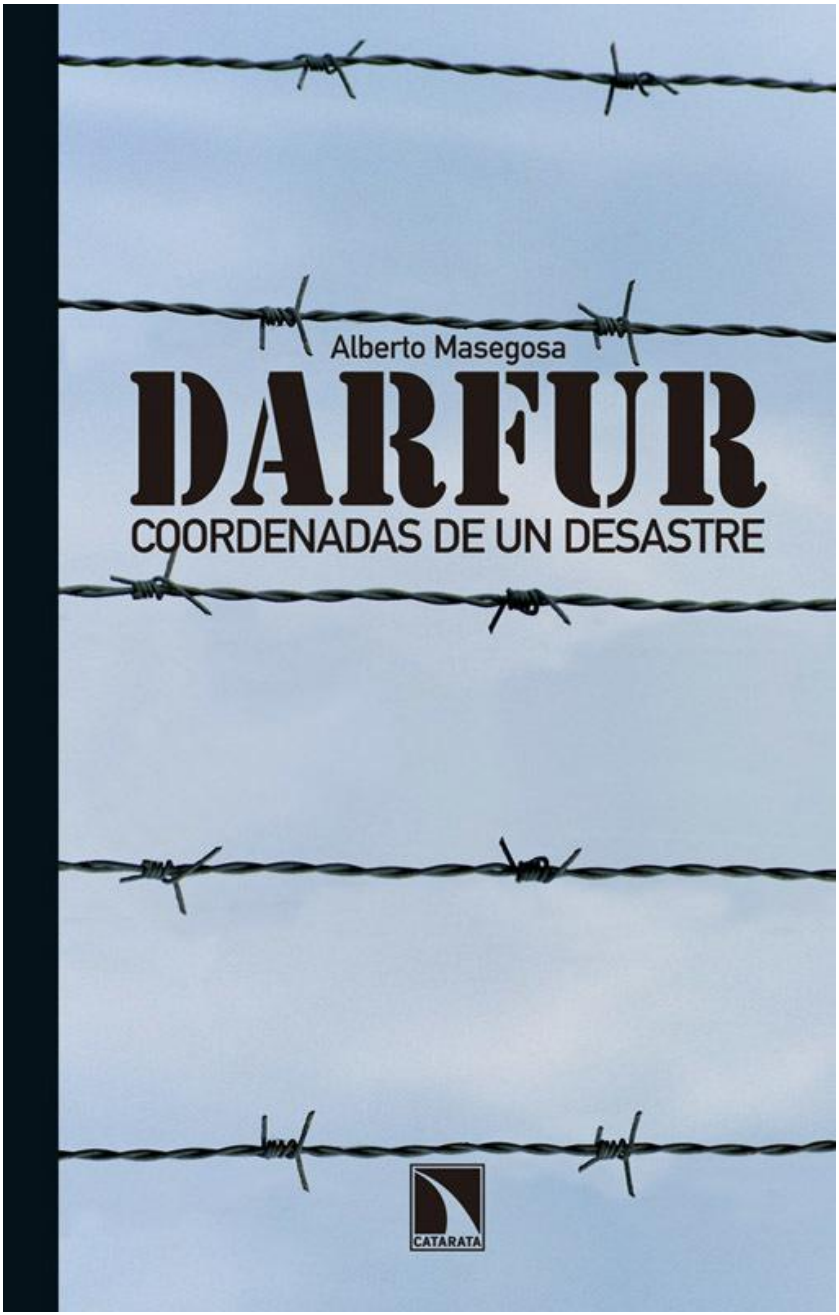

Alberto Masegosa
DARFUR
COORDENADAS DE UN DESASTRE
CATARATA


Alberto Masegosa
DARFUR
COORDENADAS DE UN DESASTRE
CATARATA

Alberto Masegosa

Darfur

Coordenadas de un desastre

CATARATA

CASA AFRICA

Diseño de cubierta: estudio Pérez-Enciso

© Alberto Masegosa, 2008

© Los libros de la Catarata, 2008

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 05 04

Fax. 91 532 43 34

www.catarata.org

ISBN: 978-84-8319-367-9

ISBN digital 978-84-8319-713-4

DEPÓSITO LEGAL: M-22.705-2008

Este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría

ALBERTO MASEGOSA

Miembro fundador en los años ochenta de la revista literaria La Mandrágora y El pirata, lleva 25 años como corresponsal de la agencia EFE en distintas partes del mundo. ha estado destinado en París, México, Túnez, Rabat, Johannesburgo, El Cairo y Nueva York; y ha sido enviado especial en conflictos armados como los de Somalia, Sierra Leona, República Democrática del Congo, Irak y Oriente Próximo. En la actualidad reside en Jerusalén. Es coautor de los libros La última frontera (con Javier Valenzuela) y Días de guerra (junto a Ángeles Espinosa y Antonio Baquero) y autor deCrónica de un viaje al sur del Sáhara, publicado en esta editorial. Fue el primer periodista español que viajó a Darfur con motivo de lavisita que Kofi Annan realizó en el año 2004 a la región

A Silvia, Diego, Álvaro y Claudia

La casa de los fur

Kofi Annan tenía la camisa húmeda y la frente cubierta de sudor; sentado bajo una acacia, el secretario general de las Naciones Unidas escuchaba con gesto amargo las historias de un grupo de jefes tribales con los que compartía la sombra, una estera y las piernas en cruz. Le conmovió más que ninguna la de Mamadu Mohamed, quien, con lágrimas en los ojos y voz monocorde, le contó cómo medio centenar de jinetes había arrasado una noche su aldea. El anciano relató que los intrusos robaron el ganado y la cosecha antes de violar a doce mujeres, matar a diecisiete hombres y prender fuego al poblado, de nombre Tawila. Admitió que él y parte de su familia habían tenido mayor fortuna. Junto a dos de sus esposas y seis de sus hijos, había aprovechado la borrachera criminal de los asesinos para escabullirse a través de la maleza y emprender en la oscuridad una caminata de veinte kilómetros que le había llevado al campamento de refugiados en que, dos semanas después, recibía la visita del secretario general de la ONU. “Por favor, no permita que los janjaweed nos masacren”, rogó Mamadu Mohamed. Kofi Annan asintió con sonrisa dulce y un deje de conmiseración.

La acacia bajo la que se celebraba la cita era como muchas que habían dado sombra a los juegos de niño del primer subsahariano que lideraba las Naciones Unidas —en África, las cosas importantes se dirimen bajo los árboles—, pero hacía lustros que Kofi Annan no mantenía un encuentro semejante con sus hermanos de color en el continente en que había visto la luz.

Nacido en 1938 en Kumasi, capital tradicional del reino ashanti, el secretario general de la organización mundial era un príncipe de esa etnia que había abandonado pronto Ghana, su país natal. Tras estudiar en Estados Unidos, se había casado con una sueca, Nane, que le había dado tres hijos. Había recorrido a continuación buena parte del mundo como funcionario de la ONU, en la que se había labrado una brillante carrera gracias a su dominio del inglés, francés, español, además de media docena de lenguas africanas, y a

un innato instinto político que le había granjeado la confianza de su predecesor y primer africano en el cargo, el egipcio Butros Ghali. Entre otros puestos, Annan había desempeñado la jefatura de las misiones de paz del organismo, un cargo desde el que le había tocado gestionar el genocidio de Ruanda, un borrón en su trayectoria por no haber sabido ni podido atajar a tiempo las matanzas de 1994 en el país de los Grandes Lagos. Pero una vez que Estados Unidos decidió no renovar el mandato a Ghali, el ghanés había sido la solución de compromiso para sustituir al egipcio como maestro de ceremonias de la diplomacia global. Ya como secretario general de la organización, Annan se había comprometido en 1997 a "acercar la ONU a la gente". Lo que no impedía que, transcurridos siete años y pese a lo bienintencionado de sus propósitos, hubiera perdido para siempre el estado de gracia. Por los escándalos financieros que salpicaban a las Naciones Unidas, por su incapacidad para hacer frente a los desafíos de la globalización, por su enfrentamiento con Washington desde que en el año 2003 hubiera calificado de ilegal la invasión de Irak. Y no era a modo de consuelo, sino de todo lo contrario, que Annan regresaba a suelo africano, donde el 2 de julio de 2004 comprobó que las cosas estaban peor que como las había dejado en su infancia.

El campamento de refugiados en el que departía con Mohamed Mamadu estaba situado en las afueras de El Fasher, capital de la provincia de Darfur del Norte y cuna de las hostilidades que asolaban la región. El campamento de Zam Zam era una hilera de chozas misérrimas, levantadas con ramas y cubiertas de plásticos. Los niños pedían limosna entre enjambres de moscas, las mujeres se alineaban con vestidos relumbrantes frente a los pozos de agua, los hombres veían pasar las horas embozados en turbantes. La disentería se había extendido por el campamento, al que sus inquilinos habían traído enfermedades endémicas y en el que empezaban a detectarse brotes de sarampión. Cincuenta mil lugareños habían sido asesinados o habían perecido en los combates que se libraban desde hacía año y medio en los alrededores, en los que un millón y medio de personas habían tenido que abandonar sus aldeas e instalarse en los albergues improvisados que circundaban las mayores ciudades de la zona y se prolongaban por la gemela región de Wadai, en el vecino Chad. El exterminio del ganado y la pérdida de las cosechas por la guerra obligaban a los

desplazados a depender de la ayuda exterior para sobrevivir. Con el norte invadido por las arenas del desierto y el sur cubierto por una exigua sabana, Darfur era un lugar desértico e inhóspito, grande como Francia pero sólo poblado por seis millones de personas y en el corazón del Sáhara, casi a mitad de camino entre la cuenca del lago Chad y el valle del Nilo. Esto es, Darfur se localizaba en el oeste de Sudán, el Estado más extenso de África y uno de los más pobres del continente, donde servía de eslabón con Oriente Medio y tomaba el relevo de los desastres humanitarios, que en la segunda mitad del siglo XX habían pasado de Biafra a Somalia y de Somalia a Ruanda. Pero el caso de Sudán causaba particular inquietud por su larga trayectoria de beligerancia islámica. Aquel país había acogido a finales del siglo XIX el primer Estado teocrático musulmán de la era moderna, fundado por un iluminado local, Mohamed Ahmed, El Mahdi, "El enviado de Dios". Y en esa misma condición de enviado de Dios, fundador de la moderna identidad sudanesa y una referencia histórica en el islam.

Hijo de un humilde constructor de barcas, El Mahdi había nacido en 1844 en Dondola, en el norte de Sudán, donde reveló un misticismo temprano que le llevó a estudiar en Jartum. En la capital quedó fascinado por el sufismo, y comprobó el odio que despertaba entre la población local la colonización que ejercían en esa época los egipcios y los bri- tánicos. De carácter seductor, El Mahdi empleó aquel estado de ánimo popular para sublevar a los sudaneses contra el yugo extranjero, en lo que tuvo un éxito fulgurante. Con un verbo encendido, sumó con facilidad a su campaña, mesiánica y militar, a las tribus árabes de las diferentes regiones, en particular las de Darfur. Y se hizo con el control de todo Sudán, aunque disfrutó poco de su triunfo. Falleció a los cinco meses de fundar su Estado teocrático, víctima de fiebres tifoideas o de un envenenamiento, se desconoce la causa exacta de su muerte. Pero más de un siglo después su recuerdo persistía como un mito de la idiosincrasia del país y un icono en el orbe musulmán. La tradición islámica sudanesa no se había detenido, además, en El Mahdi. Una década antes de la visita de Kofi Annan, Sudán había dado cobijo desde 1993 hasta 1995 al paladín del islam contemporáneo, a quien en Occidente se consideraba el enemigo por antonomasia a principios del siglo XXI, el millonario y disidente saudí de origen yemení Osama Bin Laden.

El conflicto había estallado con sordina en abril de 2003, cuando todas las miradas del planeta se habían girado hacia Bagdad para contemplar la caída de otro proscrito universal, Sadam Husein. Sin apenas testigos, dos grupos rebeldes asaltaron aquel mes El Fasher, un fantasmagórico núcleo urbano en medio de la nada, sin otro acceso que las pistas de polvo y la vía aérea. Los rebeldes pertenecían a etnias de raza negra y se habían sublevado por la marginación de un territorio depauperado por el clima y la extinción de los recursos naturales. Y donde sufrían las rémoras de las prácticas esclavistas que durante siglos habían ejercido familias árabes o clanes autóctonos que se habían arabizado a lo largo de las generaciones. Los insurrectos estaban, pues, armados de razones, y desde hacía mucho, para sublevarse. Pero el detonante de su insurgencia no estaba vinculado, de manera directa, con el tráfico humano. Los de Darfur se inspiraban en el ejemplo de los rebeldes del sur de Sudán, que acababan de negociar con el Régimen de Jartum las bases de un compromiso que abría el camino para poner fin a la guerra más antigua de África. Era un protocolo de paz que se había firmado en el mes de julio anterior en Machakos (Kenia) y que en líneas generales beneficiaba a los rebeldes sureños, que tras dos décadas de lucha armada se repartirían temporalmente con el Gobierno central la administración de su región, rica en petróleo, para convocar luego un referéndum de autodeterminación. Al igual que los rebeldes del sur, los de Darfur eran negros y sufrían de antiguo las consecuencias del tráfico de esclavos. Aunque a diferencia de aquéllos no tenían veleidades secesionistas ni profesaban el cristianismo o el animismo, sino el islam, como la clase dirigente de ascendencia árabe que gobernaba en Jartum. Pero si los rebeldes del sur habían logrado tan buen resultado con su insurgencia, los del oeste no se conformarían con menos. Olvidaban que en Darfur no había petróleo como en el sur. Y que los sureños habían pagado el coste de dos millones de vidas humanas para encontrar un sitio bajo el sol.

Con ese antecedente, a nadie le sorprendió la respuesta ante la nueva insurrección; el Régimen de Jartum tenía escuela en la represión de insurgencias y reaccionó de la misma forma que lo había hecho durante mucho tiempo en la región meridional. Como durante veinte años en el sur, también en Darfur el Ejército había bombardeado aldeas, perpetrado razias entre la población civil,

acosado a los refugiados con el pretexto de que amparaban a los rebeldes. Y el mando militar había enviado para hacer el trabajo más sucio a los janjaweed, "los jinetes del infierno", las milicias árabes o arabizadas que, a lomos de caballos y camellos, se ensañaban con las tribus africanas y diezmaban aldeas como la de Mamadu Mohamed en una campaña de cadencia sistemática con visos de limpieza étnica. Hasta el punto de que la ONU de Annan consideraba que Darfur se había convertido en "el escenario de la mayor catástrofe humanitaria del siglo XXI".

Pero para los defensores de los derechos humanos lo que sucedía en el oeste de Sudán era algo más, lo llamaban "genocidio". Un "genocidio" que no era como los conocidos hasta la fecha. Las atroces sequías sufridas en Darfur en la segunda mitad del siglo XX, en los sesenta y los ochenta, fueron signos de un cambio climático que no se había identificado con precisión hasta el inicio del siglo XXI, pero que llevaba décadas reduciendo dramáticamente la tierra fértil en el oeste de Sudán, donde había sido uno de los desencadenantes de un conflicto al que la naturaleza había contribuido tanto como el hombre. Los beligerantes utilizaban la escasez de cultivos y pastos como un arma de guerra. Las ONG hablaban de un "genocidio" de carácter "pasivo", que se practicaba aislando e impidiendo a las poblaciones el acceso a los menguantes recursos alimentarios, en contraste con el "activo", el convencional, el asesinato inmediato. Aunque el método exigiera un ritmo más lento, el resultado era el mismo, el exterminio masivo. En el caso de Darfur, por inanición.

Más allá de la categorización de las palabras, lo cierto era que tras viajar a Zam Zam, visitar los campamentos de refugiados en Wadai y entrevistarse en Yamena con el presidente chadiano, Idriss Deby, Kofi Annan tenía un panorama completo de la situación cuando aterrizó en Jartum. "En todas partes he escuchado los mismos relatos de dolor y sufrimiento", dijo al llegar a la capital sudanesa, en cuya Casa de Estado, un hermoso edificio colonial a orillas del Nilo Azul, se reunió con el presidente del país, el general Omar Hasan el Bechir, a quien arrancó un plan para hacer frente al desastre. El Bechir se comprometió a permitir que los refugiados recibieran auxilio de las agencias de ayuda, lo que había impedido hasta entonces. El presidente sudanés aceptó asimismo el desarme

de los janjaweed como condición previa para el inicio de negociaciones con los insurrectos. Annan advirtió que, de no cumplir el acuerdo, el Régimen de Jartum sufriría la "adopción de medidas" en el Consejo de Seguridad. Ésa es la fórmula que, en el lenguaje de salón que el secretario general de la ONU manejaba bien, significa una amenaza de sanciones, pese a que Annan no lo especificara. El jefe de la ONU también sabía, tampoco lo dijo, que Estados Unidos carecía de intereses prioritarios en Sudán porque, pese a su tradición de beligerancia islámica, el Régimen de Jartum había cesado en su apoyo a Bin Laden. Y que China protegía a El Bechir porque éste había ofrecido a Pekín la explotación del petróleo de su país. Y que el resto de potencias del máximo órgano de decisión de la ONU proclamaban a los cuatro vientos que les escandalizaba la crisis de Darfur, pero que levantaban la voz mayormente para callar a las opiniones públicas de sus respectivos países, que les incitaban a actuar. Por lo que Annan conocía que el Gobierno de Jartum podría seguir jugando al gato y al ratón. Y que no cumpliría su compromiso en Darfur, como por mucho tiempo había incumplido los alcanzados y suscritos en el sur. De modo que sin otro remedio que reiterar la preocupación de la comunidad internacional "por lo que ocurre aquí", Annan abandonó el territorio sudanés y siguió viaje hacia las limítrofes Etiopía y Eritrea para supervisar el alto el fuego en la frontera entre los dos hermanos enemistados en el Cuerno de África. Y emprendió después el vuelo de regreso a Nueva York, donde se reincorporó a su mesa de trabajo en el enmoquetado despacho que ocupaba en el trigésimo octavo y último piso de la sede de las Naciones Unidas, de mármol, acero y cristal.

Darfur en la Historia

El Darfur que había vislumbrado Kofi Annan no era muy diferente al que hacía un siglo había visto Rudolf Slatin, el primer europeo que había descrito en profundidad una región en la que durante dos años fungió de gobernador colonial. La epopeya de este oficial austriaco en Sudán había sido un fiel reflejo de la conquista europea del llamado continente negro.

Nacido en 1832 en las cercanías de Viena, Slatin había llegado por primera vez a África con sólo diecisiete años, en la oleada de mercenarios que ofrecieron sus servicios para hacer realidad el sueño imperialista que a principios del siglo XIX había germinado en la mente del pachá egipcio de origen otomano Mehemet Ali. La idea de Mehemet Ali era contar con el apoyo de sus entonces aliados británicos para ampliar sus dominios desde El Cairo hasta los Grandes Lagos a través de Sudán, el mítico reino de Kush de los tiempos faraónicos, cuya parte septentrional estaba arabizada desde la Edad Media, y donde para cumplir su objetivo en 1923 había fundado Jartum en el vértice donde se unen los dos Nilos, el Azul y el Blanco. El anhelo del joven austriaco era sumarse a la empresa poniéndose a las órdenes del general británico Charles Gordon, gobernador del país y tutor de una iniciativa que había retomado un descendiente de Mehemet Ali, el jedive Ismail, que ofrecía buenas oportunidades a toda clase de aventureros. Recomendado por Emin Pacha, un judío converso al islam que era gobernador de Ecuatoria, en el sur sudanés, Slatin consiguió que Gordon le nombrara en 1881 gobernador de Darfur. Una vez instalado en El Fasher, Rudolf Slatin se había convertido, como Emin Pacha, al islam, según él para ganarse la confianza de sus tropas, que atribuían a la fe cristiana de su comandante las derrotas que sufrían en el campo de batalla. Fuera ésa o cualquier otra la razón de su conversión, lo cierto es que la devoción musulmana fue lo que le salvó el pescuezo a Slatin. Cuando su ejército conquistó Darfur tras sublevarse contra el dominio colonial, El Mahdi le perdonó la vida por ninguna otra causa que la de que profesaba el islam. El místico islámico utilizó luego a Slatin durante el cerco de Jartum para que

escribiera a Gordon y lograra que se rindiera. Slatin escribió, en efecto, a Gordon, pero para proponerle la fuga. Descubierto el engaño, Slatin estuvo en un tris de ser ejecutado como Gordon, decapitado ese año en Jartum por los adeptos de El Mahdi; el oficial austriaco se vio obligado a dar fe de que aquélla era la cabeza del general británico. Slatin pudo escapar del sino de su jefe, pero no de ser encadenado con grilletes. Ni de sufrir todas las sevicias que El Mahdi y su sucesor, el califa Abudalhi, reservaban a sus prisioneros. Eso, y mucho más, es lo que se puede leer en Fire and Sword in Sudan, el libro en el que Slatin recogió sus experiencias en África tras dejar por fin un país en el que durante doce años había estado cautivo.

Slatin relata en su obra que cuando fue nombrado por Gordon gobernador de Darfur la región era sinónimo de esclavitud y de lucha despiadada por los recursos naturales. Y que ya se la conocía por sus baños de sangre.

Primeros pobladores y la llegada de los árabes (siglo XIV)

Como en el resto del Sáhara, la población primigenia de Darfur estaba compuesta por tribus de raza negra de las que no se conserva más memoria que los petroglifos que jalonan el desierto. Recogen escenas de caza y suponen invocaciones mágicas de una era en la que las religiones africanas desconocían la palabra impresa. Igual que en todo el África Negra, los primeros testimonios escritos de Darfur se remontan a una cultura y fe externas, que fueron las que insertaron a la región en la Historia. Son viajeros musulmanes del siglo XIV los que narran que fueron miembros del clan árabe tunjur quienes alistaron a los pobladores originarios de Darfur en la legión de adeptos a la Revelación de Mahoma para incorporarlos a la cronología islámica. Los recién llegados procedían de Wadai, donde los árabes habían fundado un sultanato esclavista. La tribu daju, que poblaba el Jebel Marra, un macizo montañoso que alza sus picos de tres mil metros en el centro de Darfur, era la casta

dominante en la zona. Según la tradición, el primer sultán tunjur se casó con una descendiente del último monarca daju. Como en los otros sultanatos esclavistas creados por los árabes en su expansión por el Sáhara —y cuyo paradigma son los imperios caravaneros del valle del Níger, surgidos en torno a ciudades como Tombuctú, Gao y Jenne—, ese tipo de matrimonio alumbraría en el oeste de Sudán un mestizaje que arrastra una retahíla de asignaturas pendientes. Y cuyo principal exponente en Darfur habría sido el sultán Dali, cuya existencia se inserta más en la leyenda que en la realidad. Según el mito, que le ha convertido en el más famoso gobernante medieval de la región, el sultán Dali habría redactado un código legal que cuando Annan realizó su visita los ancianos aseguraban que aún se aplicaba en algunas comarcas. Y la ascendencia del legendario personaje habría dado nombre a Darfur. De madre fur, la mayor etnia autóctona, el sultán Dali dotaría de identidad a la región, que sería bautizada como “La casa de los fur”, en lengua árabe.

El sultanato y su época dorada (siglo XVII)

Poco tardaría el sultanato en vivir su época dorada, con el comercio de sal, marfil, animales salvajes y con la trata de esclavos. La dinastía Keira, fundada en el siglo XVII por Suleiman Solong, los iba a buscar al este, al vecino Kordofán, que enlaza la región con el valle del Nilo, y al sur, a Bhar el Ghazal, que la separa del África Subsahariana. Darfur se convirtió en escala imprescindible de las caravanas que aprovisionaban a los mercados de Egipto de todo tipo de mercancías a través de “La ruta de los cuarenta días”, el plazo que necesitaban los envíos en arribar a su destino en Asuán tras navegar por las arenas del desierto. La prosperidad comercial de los descendientes de Suleiman Solong se produjo en paralelo a la islamización del sultanato. Uno de ellos, Ahmed Bahr, declaró el islam la religión oficial de un Estado en manos de clanes árabes o arabizados, nómadas y ganaderos, cuya prosperidad les permitió buscar más tribus negras, agrícolas y sedentarias, con las que incrementar su riqueza contable. A fines del siglo XVIII, un sultán de Darfur, Mohamed Terab, llevó sus ejércitos hasta el valle del

Nilo. Y llegó a establecerse durante algunos meses en Omdurman, la ciudad árabe que es vecina de Jartum y en la que El Mahdi establecería un siglo después la sede de su Estado teocrático. Fue bajo el gobierno del sucesor de Mohamed Terab, el sultán Abderahman, apodado “El Rachid” o “El Justo”, cuando Napoleón conquistó Egipto tras derrotar en 1798 a los mamelucos en las pirámides de Giza, en las afueras de El Cairo. “El Justo” escribió al general corso para felicitarle por su victoria. Bonaparte contestó con una misiva en la que le pedía que en la siguiente caravana que enviara a la capital egipcia incluyera dos mil esclavos negros, fuertes y vigorosos, para instruirlos en el arte de la guerra y alistarlos en las fuerzas napoleónicas.

Asimismo fue “El Justo” quien instaló la capital regional en El Fasher, fundada sobre dos colinas que flanquean el lecho seco de un río, lo que no fue óbice para que la casi inmediata invasión egipcia de Sudán supusiera el principio del fin del sultanato, que al poco de anclar su capital, hasta entonces itinerante, se debilitaría hasta perder toda su vigencia.

El protectorado británico (siglos XIX y XX)

Las fuerzas del sultán de la época, Mohamed el Fahdl, fueron derrotadas en Kordofán por las de Mehemet Ali. Pero los ejércitos del jedive de El Cairo bastante tenían con controlar sus nuevas posesiones en el valle del Nilo. Dejaron el remoto Darfur en poder de los sultanes a cambio del pago de impuestos, lo que desproveyó de autoridad entre sus súbditos a los gobernantes locales, que terminaron manejados por los jeques esclavistas, el más famoso de los cuales, Zobeir Pasha, un acaudalado empresario de Jartum, era el verdadero hombre fuerte de la región cuando Gordon nombró gobernador a Slatin.

El mercenario austriaco recibió la misión de combatir las huestes de un hijo de Zobeir, Suleiman, y poner fin a la trata de negros. Pero la política que propuso fue la opuesta. En su libro recuerda que los clanes árabes de la región estaban en permanente conflicto por

monopolizar el mercado de los esclavos. Y se lamenta de que esa rivalidad estimulara el comercio de armas. En vez de suprimir la esclavitud, Slatin recomendó a Gordon que se permitiera a los árabes pagar sus tasas con negros. “Creía que era la forma de ponerlos de nuestra parte —dice tras advertir—: Prohibir la trata de esclavos era para nosotros una constante fuente de peligros.”

Slatin también levanta acta de su conversión al islam, “fingida y para ganarme la confianza de mis tropas”. Y de su rendición en 1883 a los ejércitos de El Mahdi en la localidad de Dara, “donde me encontraba al frente de los doscientos hombres con que contaba para defender Darfur y que habrían desertado en caso de que hubiera decidido resistir y no rendirme al enemigo”. Ya preso, Slatin fue trasladado a El Obeid, en Kordofán, donde compareció ante El Mahdi, el elegido por Alá para expulsar de Sudán a “los turcos” —es decir, a egipcios y británicos— y devolver la dignidad a los sudaneses. “Era alto, tenía ojos chispeantes y no dejaba de sonreír” es su descripción del visionario musulmán, cuyo enfrentamiento con Gordon había causado sensación en Europa. “El Mahdi me dijo que había rezado para que me convirtiera al islam y que Alá le había hecho caso porque yo había abrazado la fe auténtica”, añade. Slatin hace hincapié en que la permanente sonrisa de El Mahdi permitía ver que tenía las dos paletas separadas, algo que es considerado como signo de buena suerte en Sudán, y atribuye a esa deformación dental “el asombroso éxito que El Mahdi recolectaba entre las mujeres”.

Las tribus ganaderas árabes baggara (literalmente “los de las vacas”) de Darfur integraron las fuerzas de élite del Ejército que aniquiló aquel año a más de 10.000 soldados egipcios en Kordofán, e incorporó todo el oeste y sudoeste sudanés a los dominios de El Mahdi. Y los baggara figuraron en la vanguardia de las huestes “ansar” del iluminado islámico que conquistaron sin intervalo Jartum y el resto del país. Pero como para los egipcios y británicos, tampoco para los partidarios de El Mahdi fue un camino de rosas su asentamiento como fuerza ocupante en la región. Darfur continuaba estando demasiado lejos del valle del Nilo, seguía siendo un territorio difícil de controlar por el nuevo poder califal de inspiración teocrática establecido en Omdurman. Las revueltas se sucedieron en El Fasher en tiempos del califa Abdulahi, nacido en

Darfur, pero cuya derrota ante Herbert Kitchener —el general británico que vengó la muerte de Gordon— no causó descontento en su región de origen, donde, tras recuperar el control, el Ejército de su Graciosa Majestad reinstaló el sultanato en la persona de Ali Dinar, un nieto de Mohamed el Fahdl. El nuevo sultán elegiría después el bando perdedor, apoyó a Turquía durante la Primera Guerra Mundial. Y los británicos, a quienes debía el poder, lo destronaron. Ali Dinar fue localizado y ejecutado en 1916 en las estribaciones del Jebel Marra.

Darfur volvería a depender de la autoridad colonial de Londres. Seis años después, en 1922, una comisión franco-británica delimitaba los respectivos territorios de Wadai y Darfur. Las dos regiones habían estado imbricadas por la llegada del islam y, con anterioridad, por las etnias africanas que habitaban a ambos lados de una línea divisoria que siempre había sido volátil. Pero para proteger sus intereses las potencias europeas trazaron entre los antiguos sultanatos una frontera que a partir de entonces tendría vocación indeleble. Con la división, Wadai pasaría a la administración de los franceses, que se aseguraban el control del Sáhara Central a cambio de renunciar a su aspiración de poner pie en el valle del Nilo. Y Darfur pasó a la de los británicos, que confirmaban su autoridad a lo largo del gran río y, por extensión, sobre las costas del Mar Rojo, vitales para apuntalar su preponderancia en Oriente Medio. Wadai formaba parte así de la colonia francesa de Chad, y Darfur del protectorado británico de Sudán, cuando a mediados del siglo XX la emancipación de África aceleró conflictos de raíz ancestral y cuyo estallido estaba en ciernes.

Darfur en el Sudán independiente

Tras la rebelión de El Mahdi, los británicos se fijaron la prioridad de que Sudán no volviera a constituir una fuente de problemas. Lo que no era fácil de garantizar en un país con dos millones y medio de kilómetros cuadrados, que suponían el ocho por ciento de la superficie continental y se extendían entre los Grandes Lagos, África Central, África Oriental, el desierto del Sáhara y el Mar Rojo. Un territorio cuya espina dorsal era el valle del Nilo y donde el árabe y el islam eran el idioma y la religión dominantes, pero en el que también se empleaban una treintena de otras lenguas y se profesaba el cristianismo y el animismo en el sur. Y que era el hogar de más de trescientas comunidades étnicas, nómadas y sedentarias, seminómadas y semisedentarias, árabes, arabizadas y africanas, blancas, negras y de color tan impreciso como los límites de su implantación regional por el mestizaje introducido en mayor o menor grado entre los fur, masalit y zaghawa de Darfur; kababish de Kordofán; bejas del Mar Rojo; nubas de Bhar el Ghazal; nubios de Nubia; dinka, suer y shilluk de Ecuatoria.

Ante ese rompecabezas racial, cultural y religioso, el propósito era mantener el orden. El método fue conservar el equilibrio de fuerzas, gobernar por medio de las élites árabes, dejar en sus manos la administración de las mayorías negras. El resultado fue un fortalecimiento del valle del Nilo como eje del progreso. Y dejar a su suerte a las otras regiones de un país que no ofrecía posibilidades de explotación en la medida en que no se había descubierto todavía que albergaba importantes yacimientos de petróleo. Un abandono cuyas desastrosas consecuencias afloraron enseguida en el sur pero que se reflejaron también en el oeste, donde el objetivo fue decapitar cualquier atisbo de poder autónomo como el que había encarnado el sultanato.

En 1935, a los trece años de la delimitación territorial sudanesa, Darfur contaba con una escuela primaria. Y hasta una década después en la región no hubo ninguna maternidad. En los 34 años que duró la segunda etapa del protectorado británico sólo se

emprendieron cinco obras públicas en el oeste sudanés, según revelan los registros coloniales. Las cosas apenas cambiaron cuando Sudán accedió a la soberanía, con capital en Jartum. En 1956, año de la independencia, Darfur tenía el más bajo número de camas de hospital del Estado recién creado: 0,57 por mil habitantes. El tren llegó a la frontera con Chad a principios de los sesenta, pero hasta finales de los setenta no se inició la construcción de carreteras entre los núcleos urbanos. Y quedaron a medias; la que debía unir Nyala y Genneina se interrumpió definitivamente a la altura de Zalengei. Eso, en lo que se refiere a desarrollo. En lo que concierne a sociedad y política, Darfur se transformó en una plataforma de operaciones armadas de las tropas regulares y rebeldes de los países limítrofes. Con la complicidad, cuando no la complacencia, de los Gobiernos militares que empezarían a relevarse en el siempre lejano Jartum.

La ‘sudanización’

El antropólogo alemán Paul Doornbos proporciona la información más valiosa sobre el proceso social que condujo a la población de Darfur a incorporarse en el Estado sudanés. Doornbos, que vivió a principios de los ochenta en la frontera entre Sudán y Chad, explica que los principales factores de la “sudanización” fueron los comerciantes, funcionarios y predicadores que se establecieron en la región y que procedían del valle del Nilo. Los recién llegados trajeron los modales y las costumbres árabes que sustituyeron a las africanas. El antropólogo alemán relata que en el poblado de Foro Baranda, habitado por la etnia masalit y donde llevó a cabo su estudio, los cambios se registraron en el comportamiento tanto de hombres como de mujeres. Ambos sexos abandonaron la ingestión de marissa, cerveza de mijo cuyo fermento alcohólico contravenía los preceptos del islam ortodoxo, que hasta ese momento sólo se respetaba en los círculos de poder locales. Los hombres adoptaron la jellaba, la tradicional túnica de los árabes sudaneses; a las mujeres se les prohibió la ejecución de danzas tribales de contenido sexual explícito, y se restringió su papel público. El árabe se hablaba en algunos segmentos de población, pero a partir de

entonces se impuso como lengua franca en detrimento del fur.

Doornbos califica ese proceso de “sudanización”, término que prefiere al de “arabización”. Argumenta que los cambios incluyeron a los árabes de Darfur, que vieron alterado su modo de vida beduina y muchos se sedentarizaron, y que los africanos de la región no fueron conscientes de que pasaban a engrosar el mundo árabe, entendido como una comunidad nacional. La queja de unos y de otros era que, pese a sus esfuerzos de integración, no se les consideraba en igualdad de condiciones que al resto de habitantes del Estado, en particular los del valle del Nilo.

El antropólogo alemán también da cuenta de la penetración en Sudán de árabes del Chad que ocuparon amplias parcelas de terreno e hicieron de la casa de los fur la suya propia ante la incapacidad de los dos nuevos estados independientes de controlar sus lindes, lo que tendría amplias repercusiones en Darfur.

La conexión chadiana

La razón de esa migración fue que si en Sudán la soberanía había consagrado el dominio de la población árabe sobre la africana, en Chad condujo al de la africana sobre la árabe. Por lo que el Gobierno de Jartum acogió con los brazos abiertos a los hermanos de credo y lengua que eran discriminados por el poder que se había establecido miles de kilómetros al oeste, a orillas del lago Chad, en Yamena, el antiguo Fort Lamy de los franceses.

El encono entre ambos regímenes cuajó durante la presidencia de Francois Tombalbaye, el padre de la independencia de Chad, de infausto recuerdo. Cristiano de etnia sara, el panafricanista Tombalbaye no tuvo reparo en humillar y después someter sin ambages a los musulmanes de las regiones de Borkou, Ennedi y Tibesti, conocidas con el acrónimo BET, y un océano de roca, viento y arena en el norte chadiano. Bajo el amparo del general Ibrahim Abboud, el primero de los militares que dio un golpe de Estado en Jartum, y con el apoyo de los jeques árabes de Darfur, nómadas del

BET se refugiaron a principios de los años sesenta en el oeste de Sudán, donde en 1966 crearon el Frente de Liberación Nacional de Chad (FROLINAT). Los guerrilleros del FROLINAT usaron Darfur como base para penetrar en Wadai y realizar incursiones por el país limítrofe. Pero el respaldo militar de 2.000 soldados franceses sostuvo a Tombalbaye en el poder y las consecuencias las sufrieron los habitantes del oeste sudanés. La llegada de cientos de milicianos del FROLINAT y de miles de desplazados por la guerra en Chad causó fuertes tensiones en Darfur, cuya población se organizó en milicias civiles para defenderse de los pillajes de los rebeldes chadianos.

En su delirio africanista, Tombalbaye llegó a imponer en su país el yondo, el rito de iniciación de su tribu. Y su despotismo alcanzó al jefe de las Fuerzas Armadas, Felix Malloum, a quien encarceló por haber criticado sus arbitrariedades. Tombalbaye acabó por perder el tutelaje de Francia y vio, por tanto, reducida su autoridad, que en los estertores de su régimen no excedía del área de Yamena, donde en 1975 fue asesinado y sustituido por Malloum, como su predecesor, originario del cristiano sur, lo que no apaciguó a los musulmanes del norte. Cuatro años después, Malloum era a su vez sustituido por uno de los fundadores del FROLINAT, Gukuni Uedei, que había cambiado el apoyo sudanés por el libio. Porque el derrocamiento en 1969 en Trípoli del rey Idriss y la asonada registrada ese mismo año en Jartum habían dado un giro a la guerra en Chad. Los nuevos líderes libio y sudanés eran dos coroneles, Muamar Gadafi y Gaafar el Nimeiry, que se revelaron enemigos acérrimos después de que el primero, de 27 años, anunciara grandiosos proyectos. Entre otros, el de instaurar en Libia, Sudán y Chad un solo y único Estado, árabe y musulmán, que, de convertirse en realidad, habría tenido en Darfur su epicentro.

La conexión libia

El furor unionista del creador de la Yamahiriya, el Estado de masas

libio, se dirigió en principio hacia su vecino del este, Egipto, donde aún gobernaba el padre del panarabismo e ídolo de Gadafi, Gamal Abdel Nasser. Pero Nasser rechazó con delicadeza la oferta de su discípulo, y aspirante a sustituirlo como líder panarabista, para que fusionaran sus respectivos países como después harían, en ocasiones tras efímeras experiencias de unión, otros dirigentes árabes del Magreb y Oriente Medio ante propuestas semejantes del incansable Gadafi. Las iniciativas del "guía" libio tendrían un resultado más feliz por el sur, siempre de manera provisional. Libia nunca había reconocido la soberanía chadiana en la franja de Auzu, rica en uranio y cuya inclusión en el territorio del país limítrofe atribuía a una arbitrariedad colonial francesa. En la banda de Auzu, en pleno BET, se alza el macizo del Tibesti, bastión de los belicosos tubu, cuyo líder era Uedei y a quienes Gadafi había armado para que hicieran frente al Gobierno de Malloum. En lo que respecta a Sudán, Gadafi acogería en Trípoli a miles de integristas islámicos que se proclamaban seguidores de la doctrina de El Mahdi y que habían protagonizado una rebelión sofocada a sangre y fuego por Nimeiry. Los tubus chadianos y los mahdistas sudaneses serían los instrumentos que emplearía Gadafi para tratar de forjar la unión de Libia, Chad y Sudán.

Gadafi comenzó a construir su quimera en 1980 mediante la firma con Uedei de un tratado de fusión entre Libia y Chad. Pero el acuerdo tuvo escasa duración. Bajo la presión de Estados Unidos y Francia —que no se quedaron impasibles ante el expansionismo libio por el Sáhara Central—, Uedei se vio obligado a dar marcha atrás y pidió a Gadafi la retirada de las tropas libias de Chad, donde permanecían desde que desalojaran a Malloum. Fue el principio del fin del nuevo presidente chadiano: el oeste sudanés se convirtió otra vez en el santuario de una rebelión que lucharía contra el Régimen de Yamena. Con el respaldo de El Nimeiry, el asimismo ex fundador del FROLINAT, Hisene Habre, sería el líder del segundo grupo de insurgentes chadianos que se acomodaban en Darfur para tomar el poder en su país.

Con sus partidarios aglutinados en el Gobierno de Unión Nacional de Chad (GUNT) y en las Fuerzas Armadas Nacionales de Chad (FANT), Uedei y Habre libraron una "guerra de jefes" que acabó en 1980 con el triunfo del segundo, lo que no desanimó a Gadafi,

quien a los tres años de que Habre ocupara la presidencia ordenó que tropas libias invadieran el norte de Chad. Otra intervención francesa frenó el avance de las fuerzas de Trípoli, en un statu quo que indujo a que Gadafi fijara su atención en Darfur como recurso estratégico.

La alianza entre los Gobiernos de Trípoli y Jartum que se fraguó en la segunda mitad de los ochenta tendría efectos perversos en la región. Sedik el Mahdi, un bisnieto de El Mahdi que había sustituido en 1986 a El Nimeiry en Jartum no compartía las reticencias de su predecesor hacia Gadafi. Y permitió que el líder de la Yamahiriya Libia enviara al oeste sudanés a sus Legiones Islámicas, integradas por mercenarios y nómadas de todo el Magreb y el Sahel, y financiadas con el petróleo de Trípoli, para instaurar el Estado unitario en el Sáhara Central anhelado por Gadafi. 6.000 milicianos de las Legiones Islámicas bien pertrechados de armas se desplegaron en Darfur con el punto de mira puesto en Yamena.

No fueron, sin embargo, ni las tropas libias ni las Legiones Islámicas las que propiciaron la caída de Habre. Otro señor de la guerra chadiano, Idriss Deby, se encargaría de hacerlo. Y de nuevo sería Darfur el marco de la conspiración. De etnia zaghawa, que habitaba tanto en el oeste de Sudán como en el este de Chad, y nacido en Biltine, una localidad situada al norte de Abeche, capital del antiguo sultanato de Wadai, Deby era un comandante de las FANT que tras una frustrada intentona golpista se refugió con 2.000 hombres en Kutum, cerca de El Fasher, para lanzar la tercera insurrección que desde Darfur lucharía contra un Gobierno chadiano. Deby logró su propósito en 1990, después de que, como Tombalbaye, Habre perdiera la protección francesa. También le favoreció otro cambio de Gobierno en Jartum, donde El Bechir había dado un año antes su golpe de Estado. El Bechir profundizó en la alianza con Gadafi y suscribió un tratado de integración entre Sudán y Libia como el que ese país había firmado con Chad en la década anterior.

El oeste de Sudán había servido en los primeros 40 años de la independencia sudanesa de patio trasero de los enfrentamientos fraticidas que durante ese mismo periodo se habían trenzado ininterrumpidamente en Chad con la intermitente interferencia de

Libia: la región se había transformado en un tablero de ajedrez con forma de triángulo, que tenía sus vértices en Trípoli, Yamena y Jartum, y donde las tres capitales habían movido sus fichas en un macabro ballet armado. Los Kaláshnikov traídos por los guerrilleros chadianos, las tropas libias y las Legiones Islámicas habían acabado por cambiar de manos para engrasar una nueva e imparable maquinaria bélica. Se había popularizado una máxima: “The kalash bring cash, without kalash you‘re trash [el kalash trae dinero, sin kalash eres basura]”.

La guerra

La gestación de la guerra había sido en el oeste más lenta que en el sur. Y con motivo: la integración de la región meridional en el nuevo Estado nunca pasó de ser formal. La penetración árabe en el sur de Sudán, donde nunca hubo islamización, fue muy posterior a la del resto del país. Hasta el siglo XIX —cinco siglos después que en Darfur—, los tratantes de negros no se aventuraron a remontar el Nilo Blanco para explorar como vivero de mercancía humana las sabanas del Alto Nilo y las selvas de Ecuatoria, que componían una región que, a diferencia de las otras —desérticas y donde los árabes habían impuesto su fe y su lengua—, representaba una reserva antropológica genuinamente africana, también de fauna y flora. Los tributarios del Nilo Blanco y del Nilo Azul regaban una tierra fértil que albergaba una de las mayores reservas de animales salvajes del planeta, y cuyos habitantes estaban emparentados con las etnias de los Grandes Lagos. Eran más pastores que labradores y la mayoría creía en los espíritus; los predicadores cristianos que habían intentado evangelizarlos desde las misiones de África Central nunca habían podido cumplir su objetivo por completo. Durante su protectorado, los británicos concedieron al sur un régimen diferente. Todo cambió con la llegada de la soberanía, cuando el área quedó incorporada al Estado con el mismo estatus político que la septentrional, cuya islamización había sido el catalizador de su ilustración. El atraso en el sur era todavía mayor que en Darfur. La región meridional sudanesa registraba el índice más alto de mortalidad infantil de África (uno de cada cuatro recién nacidos) y contaba con cinco graduados universitarios y una escuela secundaria; no había ningún médico. Amén de la Iglesia católica —que tenía en el sur sudanés uno de sus campos de batalla africanos contra el islam—, las agencias de la ONU y el Departamento Norteamericano de Estado denunciaban la persistencia en la zona del tráfico de personas con destino al mundo árabe.

Los síntomas de la rebelión se produjeron un año antes de la emancipación del país, cuando los sureños percibieron que iban a perder su distinto régimen administrativo. En 1955 se registró una

serie de motines que en 1962 desembocó en la formación del movimiento Anyanya, una constelación de guerrillas tribales que fue la clave de la inestabilidad del Régimen de Abboud. El Nimeiry quiso poner fin a la situación sin otra estrategia que el recrudecimiento de la guerra, lo que dio el resultado conocido por su predecesor. Las continuas derrotas militares en el sur indujeron a El Nimeiry a firmar en 1972 un tratado de paz que hizo del líder de Anyanya, Joseph Lagu, el vicepresidente de un Estado refundado en el que las provincias del Alto Nilo, Bhar el Ghazal y Ecuatoria integraban una entidad autónoma con capital en Juba, el principal núcleo urbano regional. Se abrió el cese de hostilidades de una década que sería el único paréntesis de paz en la historia sudanesa: El Nimeiry se desdijo después de que al descontento de la élite institucional por el acuerdo de paz se sumara el de los sindicatos por la corrupción gubernamental y la crisis económica. La consecuencia fue la instauración en 1983 de la sharia o ley islámica en todo el país, lo que desbrozó en el sur el sendero para la reanudación de la guerra. Reclamando la herencia de Anyanya, ese mismo año surgió el Ejército de Liberación Popular de Sudán (ELPS), cuya primera operación fue atacar el gaseoducto por el que se pretendía sacar el petróleo de la región —cuyos yacimientos se acababan de descubrir—, para conducirlo hasta Port Sudan, en el Mar Rojo. La compañía norteamericana Chevron calculó en dos millones de barriles diarios las reservas que quedaron bloqueadas. La explotación del crudo era la carta que tenía Sudán para salir de la miseria. Y la segunda guerra en el sur provocó la paralización de cualquier perspectiva de prosperidad en todo el país. Dirigido por el carismático John Garang, un antiguo coronel de etnia dinka y fe cristiana, el ELPS dispondría de 20.000 guerrilleros que ocuparían las áreas fronterizas con Uganda, Kenia y Etiopía y serían la obsesión del Régimen de Jartum, donde la guerra sureña absorbería los recursos financieros y marcaría la agenda política. La rebelión del sur fue decisiva en la caída de El Nimeiry y en la de Sedik el Mahdi. Y a principios del mandato de El Bechir intentaría extenderse a Darfur, donde ayudó a cimentar la insurrección.

La conexión sureña

Daoud Yahya Bolad fue el hombre que utilizó John Garang en su intento por que Darfur se sumara a la rebelión de la región meridional. De etnia fur, desde joven había mostrado una ambición política. A principios de los setenta había estudiado en Jartum, donde, siendo universitario, había coqueteado con el movimiento islamista, que empezaba a coger fuerza durante el mandato de El Nimeiry. Los islamistas llegaron a presentar a Bolad como su candidato para ocupar la presidencia de la poderosa Unión de Estudiantes de la Universidad de Jartum. Y el fur obtuvo el puesto, Bolad fue el primer estudiante no originario del valle del Nilo que desempeñó esa responsabilidad. Sin embargo, se apercibió de que su carrera política en la capital era de corto recorrido. Por su condición de negro. Sin contactos ni vínculos familiares en los círculos de poder de Jartum, se vio relegado a figurar de comparsa en el movimiento islamista, al que acusó de racismo. Denunció que su color le impedía encontrar el sitio que le correspondía en el seno del movimiento y regresó a su región natal. Años después, Garang recurriría a Bolad, y a su rencor hacia las élites árabes, para intentar prolongar por el oeste la rebelión del sur. Garang se mostraba ambiguo sobre si el EPLS pretendía realmente la independencia o simplemente la autonomía del sur, cambiaba de discurso según la audiencia. “Nunca desistiremos de luchar por nuestra libertad”, proclamaba a sus partidarios. “El sur pretende un Sudán unido pero justo”, decía a la prensa árabe. Esa ambivalencia le permitió captar a Bolad con el señuelo de la liberación de toda la población africana de Sudán.

En diciembre de 1991, una columna de guerrilleros del EPLS liderada por Bolad partió con esa misión desde el sur para dirigirse a Darfur. Pero antes de llegar al Jebel Marra fue derrotada por milicianos de clanes árabes locales baggara, que habían sido alertados por el Ejército y que, junto a las tropas gubernamentales, arrasaron en represalia varios poblados fur. Lo último que se supo de Bolad es que fue capturado vivo.

Precedentes locales

La revuelta fur de los años ochenta

La incursión liderada por Bolad tenía el precedente de una revuelta local que se había iniciado en 1987, cuando varias tribus fur comenzaron a disputarse por la fuerza de las armas con los baggara la escasa tierra fértil que había dejado la pertinaz sequía de principios de los ochenta. Los enfrentamientos reflejaban el fin del viejo orden, cuando las rencillas tribales se resolvían mediante resarcimientos entre agresor y agredido. Debido a la desertización, la reducción de recursos naturales con que resarcir las agresiones fue la chispa que encendió las hostilidades. Ignorados por el Régimen de Jartum, que los consideró meros arreglos de cuentas, los choques continuaron a lo largo de 1988 y principios de 1989. La crudeza de la que sería denominada por algunos "La primera guerra de Darfur" obligó a que representantes de ambas comunidades se reunieran en mayo de ese último año en una conferencia convocada en El Fasher. Las dos partes se intercambiaron en la cita duras acusaciones. E hicieron recuento de estragos. Los fur denunciaron que en los tres años de revuelta habían muerto 2.500 miembros de su comunidad. Responsabilizaron a las tribus árabes de la destrucción de 400 poblados fur y les acusaron de matar y robar 40.000 cabezas de ganado. Los baggara atribuyeron a los fur la muerte de 500 árabes y la destrucción de 700 jaimas y casas, y cifraron en 3.000 las cabezas de ganado que habían perdido. El encuentro concluyó con un compromiso de reconciliación. El entendimiento establecía compensaciones mutuas, el desarme de las milicias y el regreso a Chad de los árabes de ese país, cuya llegada había agravado la disputa por la tierra fértil. Días después de suscribirse el acuerdo, El Bechir asumía el poder en Jartum y tomaba buena nota de lo ocurrido. Tras la tentativa de insurrección que después protagonizaría Bolad, El Bechir privilegió en 1991 a los árabes en el reparto de cargos públicos en Darfur, donde nombró como gobernador al coronel Al Tayib Mohamed Kheir, conocido por sus brutales métodos represivos. El Bechir se mostró luego más sutil. A través de su ministro de Asuntos Federales, Ali al Hajj, en 1994 llevó a cabo una redistribución territorial de la región, que dividió en tres provincias: Darfur del Norte, Darfur del Sur y Darfur del Oeste, con capitales en El Fasher, Nyala y El Genina,

respectivamente. La partición hizo de los fur una minoría en todas y cada una de las tres provincias cuando eran mayoría en el conjunto de Darfur.

La sublevación masalit de los años noventa

Otra etnia africana, la masalit, cuyo territorio es el más cercano a Chad y que había tenido su propio sultanato independiente, fue el siguiente blanco de la reforma que conllevó la arabización, el proceso que Doornbos prefería calificar de "sudanización". El desmantelamiento en 1996 de la autoridad tradicional masalit, que impartía justicia en esa tribu y fue sustituida por funcionarios árabes de Jartum y miembros de familias árabes de Wadai —quienes, pese al acuerdo alcanzado en El Fasher, no regresaron a Chad—, provocó una sublevación que, cuando concluyó en 1999, había conducido a 100.000 masalit al exilio en el vecino país. Y segado la vida de 3.000 personas en operaciones en las que el Ejército empleó helicópteros para bombardear poblados de esa tribu. Las fuerzas gubernamentales contaron también con el apoyo de los clanes árabes, que habían refinado sus métodos respecto a los tiempos de su enfrentamiento con las fuerzas de Bolad y las milicias fur. La periodista Julie Flint y el africanista Alex de Waal describen de esta forma su modus operandi: "Atacaban de noche para sorprender a sus víctimas en pleno sueño. Lo primero que hacían era prender fuego a las chozas. Y cuando los aldeanos trataban de huir despavoridos, les disparaban a mansalva. Solían realizar sus incursiones en época de cosecha, para destruir el grano y condenar a los masalit a la hambruna. Las atrocidades estaban bien planeadas y eran organizadas por los oficiales del Ejército"; los janjaweed entraban en escena.

A fines de los noventa ya habían concurrido los factores que desatarían la guerra en el oeste. La inestabilidad creada por las milicias extranjeras, la disputa por la tierra fértil y los cambios administrativos introducidos por los Gobiernos de Jartum habían beneficiado en los tres casos a la población árabe y perjudicado a la africana, que en 2001 sellaría una alianza sin precendentes. Jóvenes fur y zaghawa se conjuraron aquel año en el Jebel Marra para

luchar contra su sino. Acordaron asociar a su conspiración a los masalit. Los recelos tribales malograron una rebelión que dos años después tendría éxito.

Primeros combates

Trescientos hombres se presentaron de manera inesperada el 26 de febrero de 2003 en Gulu, capital del macizo del Jebel Marra, montados en vehículos todoterreno y armados de Kaláshnikov. Se hacían llamar el Frente de Liberación de Darfur (FLD) y proclamaban que su líder era Abdulwahid Mohamed Ahmad el Nur, un abogado del Partido Comunista que, como Bolad, había formado parte de la guerrilla sureña. Los intrusos causaron el terror pero no lograron mucho más; se replegaron a las montañas tras enfrentarse con la guarnición local en una escaramuza sin relevancia. Pero regresarían a Gulu. Y para hacer daño. No habían pasado dos semanas cuando los mismos 300 hombres armados libraron en la localidad una batalla en la que mataron a cerca de 200 soldados gubernamentales. Y se hicieron con el control de Gulu, cuya conquista tuvo el valor añadido de que constituía un tradicional feudo fur. Para entonces, el grupo rebelde había cambiado de nombre y comenzado a distanciarse de la guerrilla sureña. El número dos y jefe militar del grupo, Minni Arkua Minnawi, divulgó un comunicado en el que precisaba las motivaciones y los objetivos de los insurgentes, que se habían rebautizado como el Movimiento de Liberación de Sudán (MLS). Entre las motivaciones citaba “la discriminación racial, la marginación y la explotación” que sufría Darfur desde que sus habitantes tenían memoria; entre los objetivos, subrayaba “el combate a la arabización, la opresión y la limpieza étnica” que con renovado ímpetu practicaba el Gobierno en la región.

Pese a sus sangrientas consecuencias, la aparición de los rebeldes no produjo un impacto excesivo en la capital sudanesa. El poder central ofreció a los insurrectos un alto el fuego en tanto que prometía estudiar sus demandas, entre las que destacaba la

exigencia de que se destinaran más inversiones al desarrollo de Darfur. Pero el asesinato el 18 de marzo del líder masalit Salej Dakoro en El Genina y el bombardeo gubernamental, a los dos días, de la población de Karnoi, dieron al traste con la tregua. La respuesta de los rebeldes no se hizo esperar y el día 25 atacaron la localidad de Tine, limítrofe con Wadai y donde se aprovisionaron de armas y municiones. La operación se repetiría el 25 de abril con la incursión de El Fasher, que marcaría el punto sin retorno de la rebelión. Como en Gulu y Tine, los insurgentes atacaron de madrugada, por sorpresa y utilizando de cabalgadura una treintena de vehículos todoterreno que, en esta ocasión, emplearon para desembarcar en el aeropuerto de la capital de Darfur del Norte, donde inutilizaron varios aviones antes de tomar prisionero al general Ibrahim Bushra. En paralelo, otra columna rebelde destruía cuatro tanques del Ejército en Kutum, mientras que en Aynchiro, diez días después, tomaban como rehén a un segundo oficial de alta graduación, el coronel Mubarak Mohamed al Saraj. Las incursiones se reprodujeron en mayo con un nuevo ataque a Kutum, donde los rebeldes mataron a 500 soldados de un batallón militar. Y en julio, al elegir otra vez Tine para una emboscada que costó la vida a 250 miembros del estamento castrense.

Fue entonces cuando saltaron las alarmas en Jartum, donde El Bechir disipó sus dudas sobre la capacidad operativa de los rebeldes de Darfur y tuvo la certeza de que no le iba a resultar nada fácil sofocar la insurrección del oeste. En contraste con la revuelta fur en los ochenta y de la masalit en los noventa, en el movimiento insurgente estaban también representados los zaghawa, la tercera etnia local más numerosa. Y al MLS se había unido un segundo grupo, el Movimiento por la Justicia y la Equidad (MJE), liderado por un físico, Khalil Ibrahim, que, como Abdulwahid Mohamed Ahmad el Nur, era un viejo conocido de los servicios secretos sudaneses por su activismo político. El desafío se planteaba por partida doble, la contrapartida tendría igual proporción. Además de a las tropas regulares, el Gobierno movilizó a los janjaweed para hacer frente a los insurgentes, que tenían su retaguardia en Wadai y amenazaban con expandirse por el Kordofán.

Los protagonistas

Las primeras noticias hablaban de un enfrentamiento racial en el oeste entre tribus árabes y africanas, como en el sur, pero la realidad era más compleja. La superposición de identidades ha sido permanente entre los 90 grupos y subgrupos que conviven en Darfur desde la época del sultanato, cuando la imposición del fur como lengua dominante no impidió que los masalit y zaghawa, así como tribus minoritarias como la ferti y tunjur, conservaran su idiosincrasia. El fenómeno se repitió con la islamización, que dotó de uniformidad religiosa a la región pero caló en diferente grado en las etnias autóctonas. Y con la arabización, cuando algunas tribus africanas adoptaron por entero la cultura árabe y otras mantuvieron su personalidad, aunque a simple vista no se distinguieran de las arabizadas. También empleaban el árabe como lengua. Y vestían como los árabes. Lo que separó a uno y otro bando con el estallido de la guerra fue la pertenencia a comunidades que habían resultado damnificadas en distinta medida por el manejo de agentes exteriores, casi todos árabes, de los asuntos locales. Pero la mayoría de los beligerantes compartían el color de piel. El nigeriano Wole Soyinka, premio Nobel de Literatura, recuerda que, en África, la raza depende a veces de una opción personal. En Darfur, la pertenencia racial es más una cuestión de socialización que de genética.

Los grupos rebeldes

El Movimiento de Liberación de Sudán (MLS)

El primer grupo rebelde que se había dado a conocer, el Movimiento de Liberación de Sudán (MLS), era el que disponía de mayor poder guerrillero. La semilla de su existencia se remonta a la

conjura de 2001, aunque no se haría realidad como organización hasta 2002, cuando se articuló una dirección en la que el fur Abdulwahid Mohamed Ahmad el Nur ocuparía la presidencia, el zaghawa Minni Ardua Minnawi la secretaría general, y un rosario de delegados masalit los mandos intermedios de un contingente que incluiría a 10.000 hombres armados divididos en trece batallones. La tropa estaba compuesta por antiguos agricultores cuyas tierras habían sido expropiadas por tribus árabes y arabizadas de Darfur y Wadai. La mayor parte de sus comandantes eran antiguos miembros de las milicias civiles de autodefensa y ex oficiales del Ejército que habían sido destinados al sur, donde aprendieron los métodos de la guerrilla meridional y fueron marginados por el mando castrense por su origen africano. Los dos principales líderes, Abdulwahid Mohamed Ahmad el Nur y Minni Ardua Minnawi, constituían la punta del iceberg de grupos tribales que habían fracasado en el intento de integrarse en el Estado sudanés.

Como Bolad, Abdulwahid Mohamed Ahmad el Nur era fur y había formado parte de los círculos políticos de Jartum. Letrado de profesión, El Nur pertenecía a la élite de su etnia y había promovido en los noventa el surgimiento de asociaciones, como el Centro de Educación y Cultura Ali Dinar, que sirvieran para estimular desde la capital sudanesa el desarrollo de su región. El Nur había contactado con la guerrilla del sur y viajó por el mundo árabe en busca de apoyos para lograr su objetivo, no otro que la concienciación de la marginación que padecía Darfur. Y que atribuía al Gobierno, no a los árabes. Abdulwahid Mohamed Ahmad el Nur participó en la abortada conspiración de 2001, tras la que fue detenido junto a otros dirigentes fur. Desde la cárcel, escribió una carta en la que denunciaba la situación que padecía su tribu. “Las fuerzas de seguridad actúan con impunidad, aterrorizando y robando a los fur. Muchos fur han tenido que abandonar sus casas para refugiarse en las montañas”, relataba en el escrito, que trató de que tuviera amplia difusión. Para entonces, dos años antes de la guerra, varios poblados fur habían sido arrasados y ocupados por árabes. Las aldeas de Danga y Tambasi son dos ejemplos; tras expulsar a sus pobladores, los nuevos inquilinos las habían rebautizado con los nombres de Um al Gura y Um Dawan Ban.

Si Abdulwahid Mohamed Ahmad el Nur había sido el ideólogo del

MLS, el zaghawa Minni Ardua Minnawi era su jefe militar. El encono de los zaghawa con las tribus árabes había cuajado de manera diferente que entre los fur y masalit. Su insurgencia no se originó por cambios administrativos ni fue producto de la arabización. En los primeros años de la independencia, los zaghawa se habían alineado indistintamente con las tribus árabes o con las africanas. Pero en la mayoría de las ocasiones habían compartido más intereses con los árabes, con quienes hicieron frecuente causa común por ser, como ellos, nómadas y ganaderos. El alistamiento de los zaghawa con los clanes africanos sólo se produjo cuando la sequía de los ochenta acabó con el viejo orden y suscitó la lucha con los árabes por las fuentes de agua para sus rebaños. La más belicosa de las tribus africanas de Darfur, los zaghawa llegaron a negarse a pagar impuestos al Estado en protesta por la pérdida de pasto para su ganado. Nacido en 1970, Minni Ardua Minnawi es el último de los diez hijos de una familia cuyo patriarca se encuentra refugiado en Wadai. Se trata de un digno representante de su grupo tribal; es audaz e indómito. Carece de estudios superiores, pero es el más carismático de los comandantes rebeldes. Se declara cien por cien sudanés. “No es lógica la independencia de Darfur. Lo que pretendemos es poner fin a la discriminación que sufrimos por el Gobierno central con una distribución ecuánime de las riquezas de la región —proclamaba, y apostillaba—, no odiamos a los árabes, muchos de ellos combaten a nuestro lado.” Comparaba la situación de Darfur con la de la Sudáfrica del apartheid, “aunque aquí es peor. Aparte de segregación por razas, sufrimos limpieza étnica”.

El Movimiento por la Justicia y la Equidad (MJE)

También de etnia zaghawa, el líder del segundo grupo insurrecto, Khalil Ibrahim, era, en contraste con Minni Ardua Minnawi, un intelectual con inquietudes religiosas. El máximo dirigente del Movimiento por la Justicia y la Equidad (MJE) es un médico que había pertenecido en los noventa al movimiento islamista sudanés, que controlaba en esa década el Régimen de Jartum. El futuro líder rebelde en Darfur giraba en aquellos años en la órbita de Hassan el Turabi, entonces pope del integrismo islámico del país y que fungía de pontífice en todo el mundo árabe. Emparentado con Sedik el

Mahdi por haberse casado con una nieta del histórico El Mahdi, y antiguo dirigente de la sección sudanesa de los Hermanos Musulmanes egipcios, El Turabi había sido maestro de El Bechir, a quien luego apoyó en su golpe de Estado y que, ya en el poder, le había nombrado presidente del Parlamento. El Turabi tendría asimismo una influencia decisiva tanto en la formación como en la desafección política de Khalil Ibrahim.

El Turabi es un islamista atípico. El radical pero, en honor a la verdad, simpatiquísimo líder islámico sudanés estudió en la universidad parisina de La Sorbona y sus enseñanzas están teñidas de un laicismo que hace que algunos de sus colegas de ideología se lleven las manos a la cabeza. Mantiene que el islam no obliga a las mujeres a portar el velo musulmán; a su entender, basta con que se cubran el cuello con un pañuelo. Y es partidario de que las casadas trabajen fuera de casa, "ahora que no tienen tanto que hacer con tanto electrodoméstico en el hogar". El Turabi tampoco ve problema en que los musulmanes contraigan matrimonio con miembros de "las religiones del Libro", en alusión a judíos y cristianos. Pero en lo político es un ortodoxo. Invitó a Bin Laden a que se estableciera en Jartum, donde con anterioridad había creado la Conferencia Popular Árabe Islámica, a cuyas convocatorias asistían representantes de grupos extremistas como el egipcio de la Yihad Islámica, el Hizbulá libanés y el palestino de Abu Nidal. Sudán engrosó de la mano de Al Turabi la lista norteamericana de Estados que patrocinan el terrorismo. Entre otras imputaciones, el Régimen de Jartum afrontó la de haber contribuido en la organización en 1993 del primer atentado en Nueva York contra el World Trade Center. El punto de inflexión se produjo en 1998, tras los ataques de Al Qaeda a las embajadas estadounidenses en Dar Es Salam y Nairobi, cuando El Turabi advirtió de que "si los norteamericanos siguen fortificándolos, sus símbolos se convertirán en un objetivo cada vez más apetecible para sus enemigos", lo que era mucha provocación tenía visos premonitorios. Después de los ataques del 11 de septiembre de 2001 en Washington, Nueva York y Pensilvania, y con Bin Laden ya fuera de Sudán, El Bechir acusó a Al Turabi de excederse en sus prorrogativas y lo metió en la cárcel.

Khalil Ibrahim fue militante del Frente Nacional Islámico (FNI) creado por El Turabi, y desempeñó en los noventa diversos cargos

administrativos en varias regiones sudanesas. Pero cuando se registró la caída en desgracia de su mentor, Ibrahim había comenzado a acusar al líder islamista sudanés y a su partido de nepotismo. “La gente de la periferia estamos muy decepcionados con el FNI —afirmaba—. Todo el mundo tiene un pasado, y en mi pasado El Turabi ocupa un lugar importante —admitía, para precisar a continuación—. Eso es sólo eso, pasado.” Ese tipo de declaraciones no ha disipado la sospecha de que Ibrahim continúa bajo la influencia de El Turabi, quien conserva predicamento en Darfur y que, tras su caída en desgracia, escribió el llamado “Libro Negro”, en el que denunciaba la marginación por los árabes de la población africana. Lo seguro es que como Daoud Yahya Bolad primero, y Abdulwahid Mohamed Ahmad el Nur después, Khalil Ibrahim ha intentado, pero no ha logrado, interpretar un papel en la política nacional. Y que fue el fracaso de esa tentativa lo que le condujo a fundar en 2001 el MJE a través de un comunicado en el que reclamaba “el fin de las injusticias que perpetra un pequeño grupo de gobernantes autocráticos”. No fue, sin embargo, hasta que el MLS salió a la luz tras el ataque a Gulu que el grupo de Ibrahim se sumó en la lucha armada con la toma de El Fasher. Al igual que en el MLS, la mayoría de los combatientes del MJE son zaghawa, aunque su fuerza militar era notablemente inferior. El grupo de Khalil Ibrahim no superaba los 2.000 guerrilleros.

El MJE ha mantenido el integrismo islámico como doctrina, frente al laicismo político del MLS. Y formula sus reivindicaciones en términos “reformistas”, no con las proclamas “revolucionarias” de la organización de Abdulwahid Mohamed Ahmad el Nur y Minni Ardua Minnawi. Los dos grupos formaron al principio de su rebelión la coalición de las “Fuerzas Opositoras”, una iniciativa meramente testimonial, pues nunca fue operativa. El éxito del asalto militar a El Fasher supuso un aldabonazo a los liderazgos de Abdulwahid Mohamed Ahmad el Nur, Minni Ardua Minnawi y Khalil Ibrahim, y ayudó a cimentar la unión entre sus comunidades étnicas. Pero el espectro de la división tribal resurgió conforme avanzó el conflicto.

Los dos clanes mayoritarios, fur y zaghawa, siempre han tenido intereses contrapuestos. Los fur son agricultores y viven de los cultivos, mientras que los zaghawa son ganaderos y subsisten de los

rebaños. La proverbial animadversión entre poblaciones sedentarias y nómadas tiene en los fur y zaghawa uno de sus botones de muestra en Darfur. La rivalidad entre clanes de una misma etnia entraría también en juego. Khalil Ibrahim es un zaghawa del clan kobe, y Minni Ardua Minnawi es un zaghawa del clan tuer. Ambos grupos tienen una diferente implantación territorial y la entrada en combate de los janjaweed en la trinchera gubernamental supuso un parón a los avances del MLS y del MJE que abrió una caja de Pandora entre los clanes rebeldes.

Los jinetes del infierno

Janjaweed es un término que se utiliza habitualmente en Chad como sinónimo de "bandido". Su fonética tiene ecos que explican ese significado: Jinn es una palabra que se emplea en árabe para referirse al diablo, y jalad significa "caballo" en esa lengua. Algunos semiólogos apuntan que el término tiene asimismo resonancias de la letra "G", en alusión a los rifles G3, populares en Wadai y Darfur. Lo que está claro es que Musa Hilal, el líder de los "jinetes del infierno", rechaza de manera tajante que a sus hombres se les llame janjaweed: "Nosotros no somos janjaweed. Al revés, nosotros somos quienes luchamos contra los janjaweed", anota. Lo también cierto es que los hombres de Musa Hilal utilizan métodos de "bandidos", aunque aplicada a sus huestes la palabra no le guste a su líder, que se considera un "simple jefe tribal".

Compuestos por miembros de las tribus árabes baggara, los janjaweed pertenecen en algunos casos a comunidades que han sido desplazadas por la sequía de sus tradicionales áreas de pastoreo del norte de Darfur y se han visto obligadas a establecerse en el sur de la región, menos desértico. Ideológicamente, son los herederos de los ansar, los adeptos de El Mahdi, que en tiempos del místico islámico eran numerosos en Darfur. En su versión contemporánea, el activismo de los ansar data del proceso de "sudanización" de Darfur, cuando los baggara, y el principal de sus clanes, el rezeigat, tuvieron su punto de encuentro en una sindicación profundamente racista. El grupo Arab Gathering lo componían árabes de la región

que se sentían discriminados por las tribus africanas locales y los árabes del valle del Nilo —en Darfur todas las partes se sienten marginadas—, por lo que redactaron un manifiesto en el que solicitaban más atención. Tras recordar el papel desempeñado por las tribus árabes de Darfur en la revolución de El Mahdi, en el documento se recordaba que "el 70 por ciento de la población de Darfur pertenece a tribus árabes y a lo largo de la historia los árabes han contribuido más que nadie a formar el carácter de la región, donde han sido desplazados, pero deberían ocupar al menos el 50 por ciento de los cargos administrativos". El texto finalizaba de forma siniestra: "Si se continúa ignorando los derechos de la raza árabe, tememos que las cosas puedan escapar a cualquier tipo de control y se desate una ira popular de consecuencias insospechadas". Con vocación de ideólogo del arabismo e hijo de Hilal Mohamed Abdalah, un respetado jeque ganadero rezeigat, Musa Hilal fue uno de los firmantes de aquel documento, que proclamaba la supremacía de los árabes sobre los africanos y en el que no faltó la mano de Gadafi.

Fiel al significado semántico de la palabra janjaweed, el Régimen de Jartum mantiene que los "jinetes del infierno" son forajidos que actúan por su cuenta. Pero los vínculos del Gobierno con los hombres de Musa Hilal están probados. El líder de los janjaweed reside en una villa de la capital sudanesa, donde permanece en contacto con los medios gubernamentales. Y las razias de sus partidarios, que tienen en Darfur su cuartel general en la localidad de Misteriya —donde sus primeros instructores fueron el general Al Hadi Adam Hamid y el teniente coronel Abdulwahid Ali Sabed—, se circunscriben a las aldeas de los zurug, los "oscuros", y preservan sacramentalmente los asentamientos de los baggara, "los de las vacas". Con cerca de 50 años, Musa Hilal y su lugarteniente, Hassim Mangari, instruyen a sus milicianos, cuyo cuerpo de élite se hace llamar Las Fuerzas de Acción Rápida y Temida, para que practiquen una represión "ejemplar". Los janjaweed violan a las mujeres en público, delante de los familiares de las víctimas, para humillarlos a ellos y que ellas no puedan ocultar su deshonra. Las violaciones son para ellos un arma demográfica; piensan que sus frutos inclinarán definitivamente la balanza de la población regional a favor de los árabes.

Musa Hilal ha llegado a movilizar a 20.000 hombres armados, árabes o africanos arabizados de Darfur y Wadai a quienes ha dotado de un puñado de dólares, un caballo o un camello, un Kaláshnikov o un G3, y una dosis ilimitada de impunidad.

El Ejército o el Gobierno

La intervención de los janjaweed fue decisiva en el desarrollo de la guerra, sus razias impidieron que tras sus primeras victorias el movimiento rebelde se extendiera al Kordofán. Los hombres de Musa Hilal les hicieron el trabajo a los mandos del Ejército, que se las veían y deseaban para resolver militarmente la insurrección en el oeste, igual que durante décadas se había mostrado incapaz de hacerlo en el sur.

Formadas por instructores británicos, las Fuerzas Armadas gozaban de prestigio cuando se proclamó la independencia de Sudán. En esos años eran la única institución capaz de vertebrar un Estado cuya extensión no tiene parangón en África. Pero el desgaste por la larga guerra que pronto se desató en la región meridional ha corrompido al generalato, cuyo vivero son los clanes árabes shaigiyya, danagala y ja'aleen del valle del Nilo. Y que padece graves problemas para mantener la disciplina entre la tropa de las regiones periféricas. Como en el sur, en el oeste las deserciones son moneda corriente en las fuerzas gubernamentales. La mayoría de los desertores pasan a engrosar las filas de los rebeldes, con frecuencia de su mismo origen étnico: la tropa del Ejército sudanés está formada por negros, sólo los oficiales son árabes. Pese a su incapacidad profesional, el generalato ha tenido casi siempre la última palabra en Jartum. A excepción de los dos breves ejecutivos civiles que de 1956 a 1958 fueron liderados por Ismail Es el Azhir, del Partido Nacional de la Unión, y Abdalah Khalil, del Partido Umma, y la efímera "experiencia democrática" que supuso de 1986 a 1989 el mandato de Sedik el Mahdi —también del Partido Umma y que fue elegido en las urnas—, Sudán ha sido gobernado por militares. Los generales Abboud y el Nimeiry dieron sus respectivos

golpes de Estado con el pretexto de preservar la unidad del país ante la amenaza secesionista del sur. El Bechir pertenece a esa estirpe. Antes de su asonada dirigía, como general de brigada, las operaciones militares contra la insurgencia en esa región, donde Sedik el Mahdi se había mostrado dispuesto a firmar un acuerdo de paz, como Nimeiry. Razón suficiente para que El Bechir lo quitara de en medio y se convirtiera en el mandamás del Estado.

Pese a su desdén por los partidos políticos tradicionales —dominados con frecuencia por clanes familiares, como el Umma, nucleado por los descendientes de El Mahdi—, El Bechir y sus predecesores los han utilizado para apuntalar su poder. Abboud buscó el respaldo del Umma y El Nimeiry se apoyó en el Partido Comunista antes de hacerlo en los islamistas de El Turabi. Asimismo El Bechir empleó a El Turabi hasta que el líder integrista le condujo, vía Bin Laden, a un embrollo con la comunidad internacional. Como sus predecesores, El Bechir es un pragmático cuya estrategia no es otra que conservar el Gobierno en manos de las Fuerzas Armadas en un país que se desborda a sí mismo. En opinión del entonces cónsul honorario de España en Jartum, Anis Haggar, la preocupación de El Bechir cuando recibió la visita de Annan era que las exigencias de los rebeldes de Darfur no se extendieran a los de otras regiones. Amigo de El Bechir, y uno de los hombres más ricos de Sudán, Haggar ponía el ejemplo de los bejas, nómadas que habitan en las orillas del Mar Rojo y "empiezan a pedir iguales condiciones de reparto de la riqueza que los insurrectos de Darfur". "El Bechir no puede ceder a las demandas que le plantean en el oeste hasta que sepa cómo funciona el acuerdo de paz que ha firmado en el sur. Ceder ahora en el oeste —decía Haggar—, provocaría el surgimiento de grupos rebeldes por todo el país. Es decir, la desintegración de un Estado cuya existencia es virtual."

Espectadores, cómplices, vecinos

Con sólo horas de diferencia, el día en que Kofi Annan aterrizó en Jartum, otro visitante ilustre despegó de la capital sudanesa para poner fin a un viaje no menos histórico. Colin Powell realizaba en junio de 2004 la primera visita en más de dos décadas de un jefe de la diplomacia de Estados Unidos a Sudán. Igual que la estancia de Annan, la de Powell incluyó una escala en Jartum y un periplo por los campamentos de refugiados en Darfur. La estadía de ambos tenía razones obvias. Y no tan evidentes.

En 2004 se conmemoraba el décimo aniversario del genocidio en Ruanda, y Annan trataba de evitar que como secretario de la ONU le sucediera lo que diez años atrás, cuando su inoperancia ante las matanzas en el país de los Grandes Lagos le había costado una condena generalizada como jefe de las misiones humanitarias de la organización. Tras su viaje, Annan calificó de "limpieza étnica" lo que acontecía en el oeste sudanés. Pero se curó en salud; eludió emplear la palabra "genocidio". De haberla utilizado, el Consejo de Seguridad de la ONU se habría visto obligado a actuar, y las cosas no estaban maduras para que el órgano de decisión del organismo tomara cartas en el asunto. También el viaje de Powell estaba relacionado con el décimo aniversario del genocidio ruandés; la efeméride había desencadenado una movilización popular sin precedentes para que en Darfur no se reprodujera lo ocurrido en Ruanda, y la opinión pública norteamericana exigía que su país se involucrara en la solución de la crisis. Después de su visita, Powell no tuvo reparo en describir lo que había visto en el oeste sudanés. "En Darfur se comete un genocidio cuyos responsables son el Gobierno de Jartum y los janjaweed", diría el secretario norteamericano de Estado. Pero el dictamen de Powell no tuvo mayor efecto que el de Annan, tampoco Estados Unidos adoptó medidas sobre el terreno para frenar el desastre. La primera potencia mundial asumió el papel de un espectador no por más crítico menos diplomático que la ONU ante el horror que tenía como escenario el oeste de Sudán.

Estados Unidos y Darfur

El viaje de Powell daba carpetazo a un largo periodo en el que Sudán había sido contemplado primero con desconfianza y a continuación con hostilidad por parte de Estados Unidos. El Régimen de Jartum había merecido en los ochenta la censura de la administración norteamericana por las atrocidades que cometía en el sur, pronto denunciadas por los grupos activistas cristianos estadounidenses, de peso notable en Washington. Y a principios de los noventa Sudán había pasado a figurar entre los enemigos de Estados Unidos por su apoyo a Irak en la guerra del Golfo. La tensión entre los dos países alcanzó su máxima cota durante la etapa más islamista del Régimen sudanés, cuando El Turabi ejercía mayor influencia sobre El Bechir. En agosto de 1998 el presidente norteamericano Bill Clinton ordenó el bombardeo de la planta farmacológica de Al Shifa, cercana a Jartum, en represalia por los atentados contra las embajadas estadounidenses en Dar Es Salam y Nairobi. Aunque Bin Laden había abandonado tres años antes Sudán, aviones de guerra norteamericanos arrasaron esa fábrica de forma simultánea al bombardeo de campamentos terroristas en Afganistán, país que el líder de Al Qaeda había recuperado como refugio. La administración de Clinton mantenía que Bin Laden había utilizado la factoría de Al Shifa para producir armas químicas durante su singladura sudanesa, pese a que El Bechir aseguraba que la planta nunca había dejado de manufacturar fármacos contra la malaria y la tuberculosis. Jamás se conocerá cuál de las dos versiones era la verídica, no quedó piedra sobre piedra del edificio. Lo que sí se había comprobado era que tras el ataque norteamericano, el Régimen sudanés se había desmarcado de la beligerancia islámica. En un proceso progresivo, Sudán había dejado de ser la avanzadilla del extremismo musulmán. Después de la destrucción de la planta de Al Shifa —que, junto a la construcción del tren que une Jartum con Sheni, al norte de la capital sudanesa, era uno de los pocos legados de Bin Laden en el país—, El Bechir había hecho lo imposible por congraciarse con Clinton. Y lo logró, a medias, con su sucesor. Sudán continuó en la

lista norteamericana de países que patrocinan el terrorismo durante el mandato de George W. Bush, pero Jartum no figuró en el "eje del mal" que el nuevo presidente norteamericano identificó tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 y que circunscribió a Bagdad, Teherán y Pyongyang. Para entonces, El Bechir había defenestrado a El Turabi y respaldaba a Bush en la "lucha global contra el terror". El giro copernicano que había dado el presidente sudanés le salvaría de que el estadounidense se involucrara de manera decidida para detener el desastre en Darfur. Aunque Powell lo hubiera calificado de "genocidio". Y que, tras la visita del jefe de la diplomacia norteamericana, tanto Estados Unidos como Sudán utilizaran un lenguaje en apariencia inequívoco: en declaraciones a la prensa, Bush no se privó de culpar a El Bechir de la crisis; El Bechir acusó a Bush de "pretender volver a colonizar" su país en un discurso que pronunció ante 100.000 personas congregadas en la capital sudanesa en protesta por la política estadounidense respecto a Darfur.

Otro viaje proyectaría luz sobre la ambigüedad que escondía esa retórica. En junio de 2005 fue el jefe de los servicios secretos sudaneses el que se desplazaba a Washington. Al general Saleh Abdalah Gosh se le considera el "arquitecto" de la represión indiscriminada contra la población civil. Su visita se produjo por invitación de la CIA y motivó las protestas de las organizaciones humanitarias, del lobby afroamericano, de las asociaciones activistas cristianas y de los sectores demócratas más liberales, la coalición de grupos que pugnaban en Estados Unidos por la intervención inmediata en Darfur. Pero la información privilegiada sobre Al Qaeda que Gosh facilitó durante su estancia a los servicios de inteligencia norteamericanos —y la garantía que ofreció de que el Gobierno sudanés no permitiría que la organización de Bin Laden volviera a utilizar el territorio sudanés— aseguró que Washington siguiera sin intervenir directamente en la crisis aunque hubiera lanzado, tras el viaje de Powell, una andanada de proyectos para resolverla en el seno de la ONU. El cálculo de Estados Unidos también incluía la posibilidad de que una vuelta de tuerca a Jartum malograra el proceso de paz en el sur, que supervisaba en una troika junto a Reino Unido y Noruega, y seguía siendo la primera preocupación de los grupos activistas cristianos estadounidenses. Según el Observatorio de los Derechos Humanos, la "inconsistencia"

de su política con el Régimen sudanés fue el motivo de que la administración norteamericana no sacara adelante ninguna de sus iniciativas en las Naciones Unidas. “Con independencia —precisaba ese grupo— de que China haya esgrimido ante su rechazo cualquier proyecto de resolución que el Consejo de Seguridad ha barajado para adoptar un acción firme [en el oeste sudanés].”

China y Darfur

El primer debate sobre el desastre de Darfur en el órgano de decisión de la ONU se remonta a mayo de 2004, cuando el representante de la organización en Sudán, Mukesh Kapila, lo definió como “la mayor crisis humanitaria en el mundo”. Tras su visita, Powell tomó el relevo de Kapila. A instancias del Departamento Norteamericano de Estado, la ONU creó en septiembre una Comisión Internacional de Investigación que, en enero de 2005, identificó a 53 responsables de las atrocidades que se cometían en la región; diez altos funcionarios del Gobierno central, diecinueve autoridades locales, catorce dirigentes janjaweed, siete comandantes rebeldes y tres oficiales extranjeros. El Consejo de Seguridad adoptó también una resolución que establecía el embargo de armas a Sudán. Y amenazó con ampliar las sanciones a la exportación de petróleo. Estas decisiones se aprobaron con el apoyo de España, que figuraba como miembro no permanente del Consejo. Entre los europeos, el Gobierno de Madrid fue uno de los que mostraron más sensibilidad ante el drama. El ministro español de Exteriores, Miguel Ángel Moratinos, visitaría Darfur y comprometería una ayuda de 30 millones de euros para auxiliar a los refugiados. Y España reabriría su Embajada en Sudán. Pero, en el orden multilateral, ninguna de las medidas asumidas por la ONU se aplicó de manera íntegra por la oposición de Rusia y China, miembros permanentes y con derecho a veto en el Consejo de Seguridad. Moscú es el principal suministrador armamentístico de Jartum, en particular de aviones Mig que el Ejército gubernamental emplea para bombardear las aldeas africanas. Pekín también vende armas a Sudán. Y le compra petróleo.

Como en el caso de Washington, las claves de la relación entre Jartum y Pekín se remontan a la reanudación de la guerra en el sur. El hueco que dejó en esa región la retirada de las principales compañías petroleras occidentales fue ocupado en los años ochenta por el gigante asiático. La colaboración bilateral se extendió en los noventa al sector del armamento, con lo que China hizo un negocio redondo. Los guerrilleros sureños de John Garang que en esa década atacaron los campamentos en que vivían miles de trabajadores chinos junto a los yacimientos petroleros se las tuvieron que ver con tropas sudanesas pertrechadas con armas chinas.

Al declararse la guerra en Darfur, Jartum aprovisionaba a Pekín con más de 300.000 barriles de petróleo al día. La compañía estatal china CNPC controlaba el 60 por ciento de la producción petrolera del país. Sudán no es el único Estado que se beneficia del tutelaje de China tras el abandono de África por Occidente. El continente negro perdió valor político y estratégico con el fin de la guerra fría y, desde entonces, se ha producido una huida de las empresas estadounidenses y europeas del mercado africano por la inestabilidad que crean los conflictos armados locales, una coyuntura que ha aprovechado el Régimen de Pekín. China ha firmado importantes acuerdos con otros productores continentales, como Angola, Gabón o Nigeria, para garantizarse el suministro de crudo con el que sostener su crecimiento económico. Y promocionar la venta de sus manufacturas. Pero Jartum ocupa un lugar privilegiado en el orden de prioridades de Pekín, es su tercer socio comercial africano. El representante de China en la ONU, Wang Guangya, alegaba que los intereses petroleros no explican que su país se hubiera convertido en el cómplice imprescindible para que el desastre continuara su curso. Guangya argumentaba que el incremento de la presión sobre Jartum provocaría un descenso de la cooperación de las autoridades sudanesas en la resolución del conflicto, y en consecuencia, el agravamiento de la situación humanitaria en Darfur, lo que “China trata de evitar a toda costa por su larga tradición de amistad con Sudán”.

África y Darfur

La polarización que impedía la intervención del Consejo de Seguridad indujo a las Naciones Unidas a trasladar a la Unión Africana (UA) la responsabilidad de poner fin al conflicto. En las ocasiones en que el equilibrio/desequilibro de fuerzas le paraliza, la organización mundial remite a aquéllas de carácter regional la búsqueda de soluciones pacíficas a las guerras en su respectivo ámbito geográfico. Ésa es la razón de que en el mismo mes en que Annan y Powell visitaban Sudán también lo hiciera el ex presidente de Malí y presidente de la UA, Alpha Oumar Konaré. La UA había reemplazado en 2002 a la Organización para la Unidad Africana (OUA), cuya principal carencia había sido la falta de operatividad. El desastre de Darfur suponía la primera prueba de fuego para la UA, y demostraría que la nueva organización panafricana adolecía de lo mismo que su predecesora, cuyo empeño por hacer encaje de bolillos para satisfacer a todos los Estados miembros la había llevado a la parálisis; el objetivo del viaje de Konaré era supervisar una misión surreal. Sudán había consentido el despliegue de 3.000 soldados de distintos países africanos en Darfur bajo el paraguas de la UA, aunque con la condición de que tuvieran el único objetivo de proteger a los 120 observadores que la sucesora de la OUA había enviado a la región, donde la población civil continuaría abandonada a su suerte. El desafío de la UA no era fácil. Sudán comparte más de 7.000 kilómetros de frontera con nueve países, y con casi todos había mantenido intermitentes y solapados enfrentamientos. El conflicto de Darfur revelaría que Sudán había superado con algunos de sus vecinos viejos rencores, pero que con varios arrastraba cuentas pendientes y que con otros se habían abierto heridas difíciles de cicatrizar.

En el primer grupo figuraba Egipto, la madre patria. Los egipcios consideran Sudán como algo propio, producto de su colonización en tiempos faraónicos, de los que las luminosas ruinas kushitas de Meroe, entre la quinta y sexta catarata, son la mejor muestra. En El Cairo no olvidaban que al sur de Asuán también había florecido la civilización árabe gracias a los esfuerzos de los jedives egipcios de extender el islam a través del Nilo hasta el corazón del continente. Esa pretensión imperialista fracasó, pero sirvió para que el rey Faruk —pálido descendiente de Mehemet Ali— se declarara en El

Cairo a mediados del siglo XX “soberano de Egipto y Sudán”. Tras la independencia sudanesa, en la capital egipcia volvió a surgir la tentación de engullir el enorme pero débil Estado gobernado desde Jartum. La tensión entre ambos países había estallado en 1995, con ocasión de una cumbre africana convocada en Adís Abeba. Poco después de llegar a la capital etíope, el presidente egipcio, Hosni Mubarak, sufrió un intento de asesinato que en El Cairo atribuyeron a activistas sudaneses a las órdenes de El Bechir y Al Turabi. La condena internacional que provocó el intento de magnicidio fue la causa indirecta de la expulsión de Bin Laden de Sudán; el desapego por El Bechir de las posiciones islamistas había permitido su acercamiento a Mubarak. La dialéctica occidental de presentar el de Darfur como un conflicto entre árabes y africanos —en el que los primeros son los verdugos y los segundos las víctimas— hizo después el resto para que, al poco de desatarse la crisis, Egipto abanderara la defensa a ultranza por la Liga Árabe del Gobierno de Sudán, al fin y al cabo miembro de la organización panárabe.

En el sur, Uganda es un vecino con menos carga histórica, más emergente. Y, en contraste con Egipto, la rencilla que le enfrenta a Sudán desde hace dos décadas está pendiente de cauterización. Lejos están los años en que la Uganda recién independizada del presidente Milton Obote deportara a Jartum al principal mercenario europeo de la guerrilla sureña, el alemán Rolf Steiner. Favorita de Estados Unidos, la moderna Uganda del presidente Youeri Museveni encarnaba en los años ochenta un poder regional que alargaba sus tentáculos. El Gobierno de Kampala contribuyó a debilitar el Régimen islamista de Jartum con su apoyo en esa década y en la siguiente a la guerrilla cristiana y animista de la región meridional. En correspondencia, Sudán ha alentado a la guerrilla fundamentalista cristiana que con el nombre de Ejército de Resistencia del Señor (ERS) operaba en el norte de Uganda. Al amparo de Sudán, ese grupo —que pugna por instaurar en su país un Estado basado en los diez mandamientos bíblicos— sumaba veladamente el de Egipto. Los integristas cristianos ugandeses eran la carta que El Cairo se reservaba en caso de que Kampala decidiera restringir el suministro de agua del Nilo. El Nilo nace en el lago Victoria, pero riega hasta Alejandría y es esencial para la supervivencia en todo el valle de los Faraones, donde la eventualidad de una independencia del sur sudanés bajo tutela

ugandesa crea profundo desasosiego.

La crisis de Darfur no quitaría ni pondría nada al encono entre Kampala y Jartum; Uganda estaba atenta al proceso de paz en el sur y se limitaría a contemplar de brazos cruzados la guerra del oeste. Igual se puede decir del resto de los Estados fronterizos con la región meridional sudanesa: la cristiana Etiopía, también siempre bajo la acusación de respaldar a la guerrilla del sur; Kenia, asimismo sospechosa de simpatizar con los guerrilleros sureños; Eritrea, un país con el que Sudán sintonizó cuando formaba parte de Etiopía, pero cuya emancipación en 1994 inauguró un periodo de mutua hostilidad: Sudán culpa desde entonces a Eritrea de proteger a los beja, Eritrea a Sudán de apoyar a un grupo armado fantasmagórico, la Yihad Eritrea.

Si el conflicto no provocó cambio alguno en las relaciones que Sudán mantenía con sus vecinos del sur, no ocurriría igual con los del oeste. Los países limítrofes con Darfur se vieron inmersos en una vorágine bélica que estuvo a punto de germinar en una conflagración como la que había asolado de 1998 a 2002 la República Democrática del Congo (RDC). La inestabilidad que la rebelión suscitó en Chad y en la República Centroafricana extendió el temor de que prendiera una nueva versión de “La Primera Guerra Mundial Africana”, como había pasado a la historia continental la contienda congoleña, en la que tropas gubernamentales e insurrectas de una docena de países habían entrado en combate; incluido Sudán, que se había alineado con las tropas de Kinshasa por la simple razón de que Uganda lo hizo con los rebeldes. Tres años después, Nick Kristof, de la plataforma humanitaria Coalición por Darfur, advertía de que si no se detenía pronto el conflicto en el oeste sudanés “África se dirige hacia su Segunda Guerra Mundial”.

Mediaciones, negociaciones, soluciones inconclusas

El primero en percatarse de ese peligro fue Idriss Deby, quien comprendió de inmediato que los enfrentamientos de Darfur le afectaban de forma directa. Sus hermanos de sangre zaghawa formaban parte de la insurrección que se había alzado en armas contra el régimen que doce años atrás le había respaldado para llegar al poder. No podía satisfacer la solidaridad que le exigía su filiación tribal sin soliviantar a su ex protector El Bechir. Antes de que concluyera el primer año de guerra, el presidente chadiano convocó a representantes de la rebelión y del Gobierno sudanés para que suscribieran un cese de las hostilidades. Y lo firmaron. Pero estuvo vigente exactamente 45 días. Una vez concluido ese plazo, los combates recuperaron toda su crudeza. El de Deby fue el primer esfuerzo de mediación en el conflicto, también inauguraría una serie de fracasos en los intentos de negociación. Al presidente de Chad lo sumergió, además, en una espiral de desestabilización sin precedentes en su mandato.

Tras el fin de la tregua, los janjaweed y las tropas gubernamentales pasaron a la ofensiva. Las operaciones terrestres de los “jinetes del infierno” fueron apoyadas a lo largo de 2004 por los bombardeos aéreos del Ejército, la estrategia resultó un éxito militar. El parón de sus avances en el segundo año de guerra obligó a los rebeldes a replegarse a Wadai, donde recibieron la protección de los zaghawa chadianos, bien representados en el Gobierno de Yamena. Y región a la que extendieron sus ataques las fuerzas de Jartum. Los janjaweed tomaron el hábito de penetrar en los campamentos de refugiados en Chad. El pretexto era que amparaban a partidas de insurrectos, sin que nada ni nadie impidiera sus incursiones. En Chad, las estructuras estatales son aun más frágiles que en Sudán; las fronteras de la ex colonia gala aparecen en los mapas, pero ningún Gobierno de Yamena ha ejercido nunca control sobre ellas. Por ende, muchos “jinetes del infierno”, como los miembros las familias Babboush y Shineibat, eran originarios de Wadai;

regresaban a casa. En mayo de 2004, Chad acusaba por primera vez a Sudán de violar su espacio aéreo y su territorio. El ministro chadiano de Defensa, Emmanuel Nadingar, denunció que helicópteros del Ejército sudanés sobrevolaban el este de su país, donde los janjaweed multiplicaban las operaciones de persecución a los insurgentes. “Sudán, que es un país amigo y hermano, tiene que tomar medidas para frenar a los milicianos que atacan Chad”, sentenció Deby, en un tono conciliador que fue perdiendo a medida que la conflagración le ganaba problemas internos.

La extensión de la guerra a Wadai trasladó a esa región la disputa por la ayuda humanitaria. Los campamentos de refugiados en Chad comenzaron a registrar brotes de violencia. Voluntarios de Oxfam han relatado que grupos de desplazados y de habitantes locales se disputaban ferozmente la comida que repartía la organización. Wadai es tan pobre como Darfur. La paradoja de que los refugiados sudaneses estuvieran mejor asistidos que los naturales del lugar aumentó el descontento hacia Deby. El presidente de Chad era acusado por Sudán de respaldar a los rebeldes. Y en su país, de no apoyar suficientemente a los zaghawa sudaneses y permitir la marginación de la población local.

La olla a presión que entró en ebullición en 2004 en Wadai abriría, no obstante, un compás de espera. El Gobierno de Jartum y la guerrilla del sur sudanés firmaron a principios del año siguiente el acuerdo de paz cuyo diseño en 2002 había desatado indirectamente el conflicto en Darfur. Se confiaba en que la pacificación de la región meridional condujera a la del oeste de Sudán. Por efecto dominó, también a la del este de Chad.

El modelo de Naivasha, el acuerdo de paz para el sur

El acuerdo entre la guerrilla sureña y el Régimen de Jartum fue firmado el 16 de enero de 2005 en Nairobi, pero sería conocido como el de Naivasha por ser en esa localidad keniata donde se había cocinado. El acuerdo establecía un reparto temporal del poder y la formación de un Gobierno de unidad durante un periodo de

transición que serviría para comprobar si las élites musulmanas y arabizadas podían encontrar, por fin, un terreno de entendimiento con la población negra del sur, cristiana y animista. El acceso a la riqueza en igualdad de condiciones sería el barómetro para medir el cumplimiento de la apuesta. Durante seis años, el Ejército gubernamental se retiraría del sur, las fuerzas rebeldes sureñas se integrarían en la Guardia nacional sudanesa y las dos partes explotarían el petróleo de la región al 50 por ciento. Concluido ese periodo intermedio, la población del sur acudiría a una consulta en 2011 para optar entre la independencia o la integración en el Estado. La esperanza de los rebeldes de Darfur se centraba en que la presencia de los sureños en el Gobierno central facilitara entretanto un avance en sus reivindicaciones. La rebelión del sur había inspirado la de Darfur, los guerrilleros del ELPS habían influido en la creación del MLS, el principal grupo rebelde en el oeste. Se barajó incluso asociar a los rebeldes de Darfur al tratado, pero el temor a que la incorporación de una tercera parte al proceso ralentizara la firma del acuerdo y la oposición de los rebeldes sureños a repartir sus prerrogativas con un tercer signatario, frustraron esa posibilidad. Pese a ello, el académico Jok Madut Jok subraya que cuando se firmó el compromiso de Naivasha "había la presunción de que el ELPS y el MLS seguían manteniendo buenas relaciones, porque hasta entonces habían luchado contra un enemigo común, el Gobierno. Se pensaba que los rebeldes del sur utilizarían su presencia a partir de entonces en el Gobierno para resolver asimismo la guerra en Darfur", recuerda ese historiador.

Fue un espejismo. El proceso de Naivasha no era más que una reedición del que hacía 33 años había puesto fin a la primera guerra en el sur, antes de venirse abajo. El acuerdo de paz de 1972 había propulsado al líder del movimiento Anyanya, Joseph Lagu, a la vicepresidencia en el Régimen de Nimeiry; el de 2005 catapultaría al líder del ELPS, John Garang, al mismo cargo en el de El Bechir. Pero Garang no tendría la oportunidad de comprobar el desenlace de su reto. El 30 de julio, tres semanas después de asumir su responsabilidad gubernamental, el recién nombrado vicepresidente sudanés murió en un misterioso accidente. El ex líder rebelde del sur pereció junto a otras catorce personas al estrellarse el helicóptero ugandés en el que regresaba de una visita a Kampala. La causa de que el aparato se precipitara al suelo es una incógnita. En

Kampala se desató el rumor de que se había tratado de un sabotaje del Régimen de Jartum. Y más de un centenar de sureños murieron en Jartum por la represión policial de una manifestación de protesta. Lo seguro es que la desaparición de Garang hipotecó el acuerdo de paz en el sur, y esfumó cualquier posibilidad de ampliarlo al oeste. Sólo Jonas Savimbi, líder de la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), contaba en África con el registro de longevidad guerrillera de John Garang, que tenía una autoridad de la que carecía cualquier líder rebelde de Darfur. No era tanto el proceso de Naivasha como la personalidad del antiguo líder rebelde del sur lo que generaba la esperanza de que la paz en la región meridional se extendiera al oeste del país.

Con todo, el de Naivasha constituiría el modelo a seguir en un proceso de negociación específico que se pondría en marcha para Darfur. Otra esperanza vana; el acuerdo de Abuja sería en 2006 la siguiente oportunidad perdida para la paz.

La réplica de Abuja, el acuerdo de paz para el oeste

Pese al discurso oficial, que los equiparaba, las autoridades de Jartum eran conscientes de que los procesos de Naivasha y Abuja iban a ser muy diferentes, en modo alguno el segundo una réplica del primero. El Bechir se avino a firmar la paz con los rebeldes del sur ante la imposibilidad de alcanzar una solución militar en esa región. La experiencia de sus predecesores, y la suya propia, le habían servido para llegar a esa certeza. Su determinación a pacificar el sur se reflejó en que envió al número dos del Régimen, Ali Osman Mohamed Taha, a suscribir el acuerdo de Naivasha. El presidente sudanés también sabía que en Darfur no había ningún líder rebelde de la altura política de Garang, ni con su prestigio fuera y dentro de Sudán. Al apoyo sucesivo de Gadafi, Museveni e Israel, el ex líder rebelde sureño había unido el respaldo económico de los grupos activistas cristianos norteamericanos para mantener viva la llama de la sublevación y superar durante más de dos décadas las crisis étnicas en el seno de su movimiento. La principal

estrategia usada por el Gobierno en los noventa había sido incidir en esas crisis tribales, alimentando las querellas y rivalidades en la guerrilla del sur. Uno de los cabecillas del ELPS, el suer Riek Mashar, lideró en esa década una escisión. Otros comandantes guerrilleros, Lam Akol, Kerubino Kuanyn, Paulino Mathip, siguieron su ejemplo. En balde, acabaron enfrentados entre ellos o víctimas de la justicia del dinka Garang, que tomaba duras medidas disciplinarias para imponer el orden en sus huestes. El Bechir conocía que eso no ocurría en Darfur, donde la falta de un liderazgo fuerte no le impedía sembrar con éxito la cizaña entre los insurrectos, tampoco descartar una victoria militar. Y despachó para ratificar el acuerdo de Abuja a Magthoub al Khalifa, un funcionario de segundo nivel.

El tratado de paz que tuvo como marco la capital nigeriana se suscribió el 6 de mayo de 2006 tras un parto difícil. Las partes se habían marcado el 30 de abril como fecha límite para la firma. Y se llego a ese día con la oposición del MLS y el MJE a avenirse a las condiciones que les proponía el Gobierno. Sobre el papel, la oferta gubernamental se inspiraba, como en Naivasha, en un reparto del poder; en la práctica, el Régimen planteó en Abuja esa filosofía a la baja. No ofreció a los rebeldes de Darfur una vicepresidencia, sino un puesto de “asesoría especial” en la oficina de la jefatura del Estado. Exigía que las fuerzas rebeldes se integrasen en el Ejército regular, pero que las gubernamentales no se retirasen del oeste. Y su propuesta sólo incluía la creación de un gobierno regional, no la incorporación de los rebeldes a la dirección política nacional. Tanto recorte de expectativas provocó profundas desavenencias en la delegación de los insurgentes, compuesta por más de 40 personas y dividida entre partidarios y contrarios al arreglo. Ante la falta de entendimiento, los mediadores —la UA, la UE, Estados Unidos y la Liga Árabe— se embarcaron en una carrera contra el crono para presionar a los negociadores. El vicesecretario de Estado, Robert Zoellick, se desplazó a Abuja, también lo hizo el presidente de turno de la UA y jefe de Estado de la República del Congo, Dennis Sassou Ngueso, para apoyar los esfuerzos en el mismo sentido de su par nigeriano, Olesegun Obasanjo. El resultado fue que una semana después se presentaba un tratado de 85 páginas. El problema era que sólo contaba con el visto bueno del sector que Minni Ardua Minnawi lideraba en el MLS. El zaghawa Minnawi obtuvo como

moneda de cambio el puesto de asesor de El Bechir, aparte de la jefatura del gobierno regional. Y sus fuerzas se integrarían en la Guardia nacional sudanesa, pero lo harían desarmadas. Liderados por Abdulwahid el Nur, el resto de delegados del MLS rechazó el entendimiento. Aunque con menor capacidad guerrillera, el sector de El Nur representaba a los fur, la etnia que más había sufrido las atrocidades gubernamentales. El compromiso tampoco fue suscrito por el sector masalit del mismo grupo. Ni por el MJE de Khalil Ibrahim, que tachó de "solución parcial" un documento con el que El Bechir logró su propósito de escindir a los rebeldes, quienes iniciaron un proceso de atomización, algo que el presidente sudanés no había conseguido en el sur. Aparte de a El Bechir, el acuerdo de Abuja también dio réditos políticos a Bush, que invitó a Minnawi a la Casa Blanca para hacerse con él una foto con la que pudo certificar ante la opinión pública norteamericana su desvelo por el "genocidio" de Darfur.

Gadafi y su oficio, Deby y su calvario, Bozize y su deriva

Más que facilitar una solución, los procesos de Naivasha y Abuja la entorpecieron. La situación no dejó de empeorar en Darfur y Wadai, tampoco se rebajó la tensión entre Yamena y Jartum, lo que provocó un desenlace largamente esperado.

Después de meses de malestar, la efervescencia armada estalló en Wadai en octubre de 2005 con las primeras deserciones de soldados zaghawa de las tropas regulares chadianas acantonadas en la región. En diciembre, una ciudad del este de Chad, Adre, era atacada por un grupo local desconocido. En su primera operación, el llamado Frente Unido por el Cambio (FUC) segó la vida de 400 personas. El FUC anunció que se había alzado en armas para desalojar de Yamena a Deby, a quien acusaba de no proteger Wadai de las operaciones de los janjaweed. Y de pretender perpetuarse en el poder con una reforma de la Constitución de su país. Chad acusó a Sudán de promover la insurrección, y su reacción se tradujo en la

firme oposición de Deby a que El Bechir fuera elegido presidente de la UA en la cumbre que la organización panafricana celebró en enero de 2006 en Jartum. La revancha no se demoró. En marzo, el presidente chadiano denunció que había sufrido un intento de asesinato promovido por su colega sudanés. Según el ministro de Administración Territorial en el Gobierno de Yamena, Mehemet Ali Abdalah Nassour, los conjurados procedían de Darfur y "en su mayor parte eran sudaneses". Afirmó que habían planeado derribar el avión en el que Deby regresaría de una cumbre en Bata (Guinea Ecuatorial) y que, desarticulado el complot, sus cabecillas habían huido en tres vehículos blindados con los que regresaron al oeste de Sudán.

La tensión entre Sudán y Chad invitó a Gadafi a recuperar su vocación de árbitro en las disputas entre los dos países vecinos. El líder libio convocó en Trípoli a El Bechir y Deby para que firmaran un cese de las hostilidades. Como tantos otros suscritos entre Sudán y Chad con los buenos/malos oficios de Libia, el acuerdo no fue respetado. Pero Gadafi no cejaría en su celo mediador. Trípoli acogió en abril otra cumbre de reconciliación entre el presidente chadiano y el sudanés, que por segunda vez se comprometieron, con el libio de testigo, a respetar la soberanía de sus respectivos países. Gadafi mostró en esa ocasión que, a imagen y semejanza de la frontera entre Chad y Sudán, su audacia no conoce límites. El líder de la inclasificable Yamahiriya libia carga con una notable responsabilidad en la gestación del drama de Darfur, donde en los ochenta promovió la arabización y que sus Legiones Islámicas inundaron de armas. En un ejercicio de desparpajo y amnesia, Gadafi pidió a los rebeldes de Wadai que comprendieran que "vuestros problemas no se solucionan con un Kaláshnikov. Os lo digo —precisó—, como un hermano".

El acuerdo de Trípoli permitió que Deby se tomara un respiro, aunque continuó pendiendo sobre él la espada de Damocles, cuyo mango tenía en su mano El Bechir. Como Chad al oeste de Sudán, pero algo más al sur, la situación tampoco era tranquilizadora en la también ex colonia francesa de República Centroafricana, el otro país limítrofe con Darfur que ha sufrido las mayores consecuencias del conflicto. En la trastienda, una intrincada red de alianzas personales.

Antiguo dignatario del delirante Imperio proclamado en los años setenta en su país por Jean Bedel Bokassa —que le nombró general de su Ejército "imperial"—, el presidente centroafricano, Francois Bozize, es un veterano de las vicisitudes políticas en Bangui. Miembro también de los Gobiernos de los sucesores de Bokassa —David Dacko, Andre Kolingba y Ange Felix Patasse—, Francois Bozize huyó durante el mandato de este último a Chad, donde Deby le ofreció protección y le ayudó a preparar el golpe de Estado con el que en 2003 desplazó a Patasse. Su vieja amistad con Deby ha obligado a Bozize a compartir la suerte del presidente chadiano en el juego de intereses que ha desencadenado la guerra en el oeste de Sudán. Fronteriza con Darfur del Sur, la provincia centroafricana de Vakaga era, desde el principio de las hostilidades, un refugio habitual de los rebeldes del MLS y el MJE. Al igual que Wadai, Vakaga se ha convertido después en el marco de operaciones de un grupo insurrecto local que cuenta con el respaldo del Régimen de Jartum, la Unión de Fuerzas Democráticas para la Reunificación (UFDR), que a fines de 2006 conquistó la capital provincial, Birao. Sólo la intervención de los 300 soldados franceses destacados en Bangui pudo impedir que los rebeldes lograran su objetivo de derrocar a Bozize.

La incorporación de la República Centroafricana era la novedad en la representación bélica que se desarrolla de forma intermitente en el Sáhara Central y en la que el conflicto de Darfur encarnaba el último acto. Y es que parecía que volvían los viejos tiempos, el resto de los actores eran antiguos conocidos. Porque, aparte de la facción de su guardia que le procura lealtad —ya que otra facción de ese cuerpo de élite se ha pasado al bando rebelde, en el que figuran familiares del propio Deby, como sus sobrinos Tom y Timan Erdimiuna—, el presidente chadiano también contó para abortar el intento de magnicidio con los servicios del grupo de paracaidistas franceses destacado en Yamena, integrado por 1.500 efectivos. París, la antigua metrópoli colonial, socorría a Deby como lo había hecho en los setenta y ochenta con Tombalbaye y Habre ante el acoso de rebeldes que en todos los casos habían tenido su santuario en el oeste sudanés con el beneplácito del Régimen de Jartum. La insistencia de Gadafi en interpretar un papel protagonista —esta vez como mediador, pero confirmando que es un experto en misiones imposibles— venía a acentuar la sensación de déjà vu.

Las coordenadas del desastre, un lustro después

Tres años después de acompañar a Kofi Annan en su visita a Darfur, el autor de este libro tuvo la oportunidad de preguntar al nuevo secretario general de la ONU, el coreano Ban Ki-moon, sobre el estado de los esfuerzos de la comunidad internacional para resolver la crisis que asolaba el oeste sudanés. Fue en marzo de 2007, en el trigésimo octavo y último piso de la sede del organismo mundial en Nueva York, durante una entrevista que realizó al sucesor de Annan junto a la periodista Montserrat Vendrell para la agencia EFE, y que era la primera que Ban Ki-moon, que había sido nombrado dos meses antes, concedía a un medio de comunicación hispano. Tras el mandato de Annan, el de Ban Ki-moon abría un nuevo capítulo en la historia de las Naciones Unidas. Una etapa en la que el saneamiento económico y ético ocuparía la prioridad sin relegar otros objetivos. Y para la que Estados Unidos había promocionado a uno de sus hombres de confianza en el Extremo Oriente. Experto en los procesos de desarme y las negociaciones entre las dos Coreas, Ban Ki-moon era un diplomático de carrera que cuando fue nombrado para su nuevo puesto ocupaba la titularidad en el Ministerio de Exteriores del Gobierno de Seúl, el más fiel aliado asiático de Washington. Se consideraba que su desempeño provocaría un deslizamiento de la sensibilidad de la ONU hacia la Cuenca del Pacífico, con la que Estados Unidos privilegiaba nexos de toda naturaleza. Y que era la región más prometedora del globo. “El siglo XXI será de Asia” había sido la máxima del nuevo secretario general de la organización mundial. A partir de aquel momento, Ban Ki-moon tendría que compaginar la querencia por su continente con una mayor cautela en los pronósticos para no herir las susceptibilidades de los más desheredados, como África. Y para eso, la precaución, estaba bien dotado. Casado y con tres hijos —casi la única circunstancia en que se parecía a Annan—, Ban Ki-moon era un hombre de familia, tranquilo, que no perdía con facilidad la calma, fiel a los modos y maneras de su origen oriental. Sus partidarios destacaban su facilidad para el compromiso, su

capacidad para el diálogo. Sus detractores le acusaban de pasividad en los momentos cruciales, de tener un carácter frío. En contraste con Annan, Ban carecía de calidez. Y tenía la dura tarea de reformar la ONU, lastrada por la corrupción, y en la que se proponía reducir costes financieros e introducir un código de comportamiento personal, lo que le hacía antipático entre los funcionarios del organismo. Pero el coreano, hombre de cálculo más que de sentimiento, no podía olvidar la vertiente humana a que le obligaba su nueva responsabilidad. Y en su primer discurso había incluido entre sus principales preocupaciones el desastre de Darfur.

Con voz pausada y semblante impasible, el entrevistado se mostró de acuerdo en que Darfur "continúa siendo el mayor desastre humanitario del siglo XXI". Cifró en un cuarto de millón las personas que habían perdido la vida desde el inicio del conflicto. Y en cuatro millones los desplazados por los combates que en aquel momento tenían lugar en Sudán, Chad y República Centroafricana. "Necesitan ayuda urgente", subrayó Ban Ki-moon. A continuación calificó de "lamentable" que El Bechir hubiera rechazado el despliegue de una "fuerza híbrida" de la UA y la ONU, cuya misión sería detener las hostilidades en la región, y cuya creación hacía apenas semanas había aprobado el Consejo de Seguridad. El despliegue formaba parte de un plan ambicioso que incluía el destacamento en los países vecinos de un contingente de la UE asimismo bajo la autoridad de la ONU. "El Gobierno sudanés debía haber aceptado nuestra propuesta, que permitiría avanzar en la resolución de la catástrofe" se lamentó el nuevo jefe de la diplomacia global. Pese a que había sido adoptado por el órgano de decisión de las Naciones Unidas, el envío de la misión debía tener, para hacerse efectivo, la autorización del presidente sudanés. Y así se lo había expuesto Ban Ki-moon en una carta personal a El Bechir. Pero el presidente sudanés había rechazado el proyecto con buenas palabras. El recién nombrado secretario general de la ONU se disponía a emprender una visita a Oriente Medio que incluía una escala en Riad para asistir como invitado especial a una cumbre de la Liga Árabe, y donde esperaba reunirse con El Bechir a fin de tratar de convencerle de que aceptara el despliegue. En vísperas del viaje los entrevistadores no creían que el presidente sudanés tuviera razones de peso —a excepción de las de orden estrictamente moral — para ceder.

La evolución sobre el terreno y la sucesión de mediaciones, negociaciones y soluciones inconclusas habían fortalecido en los últimos cuatro años la posición del Régimen de Jartum. Los bombardeos de las fuerzas gubernamentales en apoyo de las operaciones de los janjaweed habían frenado en seco a los grupos rebeldes, que acabaron por implosionar. La semilla de la discordia había crecido hasta florecer en esporas con el fracaso político del proceso de paz de Abuja. Darfur iniciaba un proceso de "somalización". El MLS y el MJE se habían revelado como muñecas rusas, cada división en su seno había conducido a una nueva. Las dos organizaciones insurrectas se habían escindido en una veintena de grupúsculos, en ocasiones compuestos por 200 ó 300 hombres dedicados a la rapiña como medio de vida. Minni Minnawi y su facción del MLS se habían pasado a las filas gubernamentales, desde las que combatían a sus antiguos compañeros de rebelión. Sobre el papel, Abdulwahid el Nur seguía siendo el líder del resto de ese movimiento, pero residía en París y carecía de autoridad real sobre los comandantes fur, cada uno de los cuales había formado su propia cuadrilla guerrillera. Los principales eran Khamis Abdalah Abakar, cuyo grupo se había apropiado de la denominación de origen y se hacía llamar simplemente el MLS, y Abdalah Yahya, que había fundado el MLS-Sector Unidad. El mismo fenómeno se producía en el MJE de Khalil Ibrahim. La organización de inspiración integrista islámica se había dividido, entre otras, en la sección Azraq, por el nombre de su líder, Mohamed Idriss Azraq, y en la conocida como Dirección Colectiva, dirigida por Bahar Idriss Garda. También habían nacido organizaciones sin vinculación previa con el MLS o el MJE, como la Alianza Democrática Federal de Sudán (ADFS), de Ahmed Ibrahim Diraige. La primicia era que las tribus árabes empezaban a articular partidas rebeldes entre las que los clanes africanos habían perdido el monopolio. El autodenominado Frente de Fuerzas Revolucionarias Democráticas (FFRD) proclamaba que defendía a los baggara de los excesos del régimen. Su líder, Salah Abderahman Abu Surrah, reconocía haber admitido en sus filas a algunos janjaweed con el propósito de "debilitar" a las fuerzas gubernamentales. La proliferación de los grupos sublevados había sido aprovechada por Musa Hilal para afianzar su presencia en los círculos de poder en Jartum, donde terminaría siendo nombrado consejero del Gobierno en pago por sus servicios prestados. El Bechir aseguraba que el líder de los "jinetes

del infierno" había contribuido a "la paz y la estabilidad" en Darfur. "Las acusaciones en su contra son falsas —afirmaba el presidente sudanés, y apostillaba—, francamente, no las creemos."

En el exterior, El Bechir tampoco tenía en apariencia los flancos al descubierto. Las denuncias de genocidio se multiplicaban en paralelo a su esterilidad. El Parlamento Europeo había aprobado en 2005 con 566 votos a favor por seis en contra una declaración en la que establecía que Darfur era el marco de "lo que equivaldría a un genocidio", sin que la alambicada unanimidad en el diagnóstico se hubiera traducido en acciones inmediatas del ejecutivo de la UE, la Comisión de Bruselas. Y la Administración de Bush seguía catalogando de "genocidio" el drama del oeste sudanés, pero la cooperación de Jartum en la lucha contra el extremismo islámico continuaba siendo su prioridad. Dos años después de que en 2005 Gosh hubiera garantizado en Washington la colaboración sudanesa contra Al Qaeda, el Departamento Norteamericano de Estado publicó un informe en el que reconocía a Sudán como un "socio seguro en la lucha contra el terror". "El Gobierno sudanés persigue de manera agresiva todas las amenazas contra los intereses estadounidenses", se precisaba en el documento, elaborado durante el ejercicio de la sucesora de Powell, Condoleezza Rice. En el informe se advertía de que pese al llamamiento de Bin Laden para que los musulmanes protegieran Darfur de los "intentos de colonización" occidentales, "en la región no hay indicios de la presencia de Al Qaeda". La obsesión por perseguir a los acólitos del multimillonario y disidente saudí salvaguardaba a Sudán de la cólera de Estados Unidos. Y daba vía libre a que prosiguiera el desastre en Darfur.

Aunque no había indicios de que la gestión de Ban Ki-moon con El Bechir pudiera dar fruto, saltó la sorpresa. Tras la reunión de ambos, el presidente sudanés aceptó el envío a Darfur de "la misión híbrida" de la ONU y la UA. Pero no fue el diplomático coreano quien había obrado el milagro, que debía ser atribuido al presidente chino, Hu Jintao.

Poco antes de que Ban Ki-moon y El Bechir se vieran las caras, Hu Jintao había viajado a Jartum. Y la recepción que tuvo fue muy diferente a la que habían merecido en 2004 Kofi Annan y Colin

Powell. “Bienvenido, Hu Jintao. Bienvenido a Sudán”, se leía en las pancartas que en febrero de 2007 jalonaban las calles de la capital sudanesa. La visita tenía como objetivo oficial estrechar las relaciones económicas entre Sudán y China, en particular en el sector petrolero. Según dijo a la agencia Reuters un miembro de la delegación china, Hu Jintao no dejó de recordar, sin embargo, a El Bechir la necesidad de “solucionar el problema del oeste de su país”. El súbito interés del gigante chino por resolver la crisis se debía a un motivo que pocos podían sospechar. Pekín se preparaba para acoger los Juegos Olímpicos en el verano de 2008, una convocatoria en la que China arriesgaba su prestigio ante el mundo. Y un grupo de artistas norteamericanos con predicamento universal, en el que se encontraban George Clooney, Mia Farrow y Steven Spielberg, había amenazado con emprender una campaña de boicot a los Juegos si China no tomaba medidas para que Sudán pusiera fin al drama de Darfur. Clooney se había distinguido por respaldar en televisión las iniciativas humanitarias de las ONG; Farrow se había quedado horrorizada por lo que había visto en un viaje a la región en calidad de embajadora de buena voluntad de la ONU; Spielberg era asesor artístico de los Juegos Olímpicos y había escrito una misiva a Hu Jintao en la que le pedía que usara su influencia para “acabar con el sufrimiento humano” en el oeste sudanés. La cesión de El Bechir ante la presión se percibió después de que un enviado especial chino, Zhai Jun, se desplazara a Jartum en abril y anunciara que “hemos sugerido a los sudaneses que se muestren flexibles en el envío de la misión decidida por las Naciones Unidas”. A los dos meses, era El Bechir quien escribía en junio a Ban Ki-moon aceptando el operativo conjunto ONU-UA; un puñado de estrellas de Hollywood había podido más que el liderazgo político mundial.

Ban Ki-moon y El Bechir acordaron que los miembros de la fuerza de la ONU y la UA tendrían potestad de “cascos azules”. Pero el presidente sudanés exigió que el contingente estuviera integrado sólo por soldados militares africanos aunque actuaran bajo el mandato de las Naciones Unidas; tenía motivos. Para entonces, las milicias gubernamentales y rebeldes habían matado a dieciséis soldados de la misión de la UA, que se mostraba incapaz de controlar la situación. Los janjaweed habían asesinado en su última matanza a 400 personas en la frontera entre Chad y Sudán, los

campamentos de refugiados se habían convertido en campos de concentración donde los carceleros eran las tropas chadianas y sudanesas, el Ejército de Jartum había pintado sus aviones con el anagrama de la ONU cuando lo que hacía era transportar armas, 50 convoyes de auxilio habían sufrido robos y asaltos. Y se daban circunstancias inauditas. La mayor parte de los 7.000 integrantes del contingente africano eran ruandeses. Y su comandante, el general Karenzi Karake, estaba acusado de haber participado en el genocidio de 1994 en su país. Ruanda pretendía que Karake fuera el "número dos" de la misión que una docena de años después atajaría otro "genocidio".

El despliegue de la "fuerza híbrida" de la ONU y la UA estaba anunciada para el 1 de enero de 2008. Llegó esa fecha y de los 26.000 integrantes previstos en la misión sólo una presencia testimonial era operativa en El Fasher debido a las maniobras de divertimento del Régimen sudanés. El panorama seguía degradándose en Darfur, pero el foco de atención se trasladó de nuevo a Wadai. Jartum acusó a Yamena de la muerte de diecisiete soldados sudaneses en una incursión de tropas chadianas. Y se reservó la opción de una represalia militar. La llevaría a cabo a través de Mahamat Nouri, ministro de Defensa del Gobierno de Deby que había desertado para unirse a los rebeldes zaghawa del este de su país. Con Nouri al frente, y el apoyo logístico sudanés desde Darfur, 3.000 guerrilleros chadianos cubrirían la ruta de siempre; partieron de Wadai con destino a Yamena, donde el 3 de febrero cercaron el palacio presidencial con Deby en su interior. Éste pidió el auxilio de los 1.500 franceses destacados en la capital chadiana, y el nuevo presidente de la República en París, Nicolas Sarkozy, no abrió la boca aunque, tras 48 horas de suspense, los soldados franceses se unieron finalmente a la guardia del presidente chadiano, y los rebeldes tuvieron que abandonar el asedio. Parte del fracaso de la tentativa se debió también a un alto el fuego que Gadafi obtuvo de los rebeldes y permitió que Deby reagrupara sus tropas. El intento golpista fue más mortífero que el amago de magnicidio de 2006, un centenar de cadáveres sembraban las calles de Yamena cuando los rebeldes regresaron al este chadiano. El precio que pagó Deby por la ayuda francesa fue el anuncio de que estaba dispuesto a perdonar a los seis cooperantes galos del Arca de Zoe condenados por intentar llevarse a París a un centenar de niños

de Wadai y Darfur. La tripulación española del avión con que esa ONG pretendía realizar la operación había sido liberada poco antes gracias también a Sarkozy, que había ganado sus cartas credenciales como pieza clave en el Sáhara Central igual que lo habían hecho los anteriores inquilinos del Palacio del Eliseo, desde George Pompidou a Jacques Chirac. El presidente de la República francesa era asimismo el principal impulsor de la misión de 3.500 soldados de la UE cuyo destacamento en Wadai y Vakaga se había aplazado por la ofensiva rebelde. Para saborear su triunfo institucional, Sarkozy eligió Chad para realizar en ese mismo mes la primera visita oficial al extranjero con su nueva mujer, la ex modelo Carla Bruni, quien fue agasajada en Yamena por la última esposa de Deby, la bella y elegante Hinda.

A continuación, más caos, mayor confusión. El Gobierno chadiano anunció que expulsaría a Darfur a los 400.000 refugiados que había en su territorio, y el Ejército sudanés y los janjaweed lanzaron una ofensiva contra tres poblados, Abu Surouj, Sirba y Suleia, que permanecían en manos del MJE, sector Khalil Ibrahim, y donde asesinaron a más de medio centenar de personas. Otros 50.000 habitantes de Darfur y Wadai se refugiaron en Vakaga ante la impotencia de Bozize; el responsable de ayuda de la ONU, Jan Egeland, reiteró que “mientras no haya estabilidad en Sudán tampoco la habrá en Chad y República Centroafricana”; Spielberg renunció a su cargo de asesor artístico de los Juegos Olímpicos de Pekín, “ya que la conciencia me impide asumirlo”; el Gobierno chino recurrió a su discurso de que “un incremento de la presión conducirá al empeoramiento de la situación humanitaria”, en palabras del portavoz de su Ministerio de Exteriores, Lu Jianchao. Y los premios Nobel tomaron el relevo de las estrellas de Hollywood en la presión sobre China. Ocho premiados, entre ellos el argentino Adolfo Pérez Esquivel, la guatemalteca Rigoberta Menchú y el sudafricano Desmond Tute, subrayaron en un comunicado que China había duplicado en un año su comercio con Sudán, y suministrado “recursos que hacen más fácil al Gobierno de Jartum seguir perpetrando atrocidades” cuando el de Pekín debía cumplir más que nunca “los ideales olímpicos de paz”. El descubrimiento de recursos naturales tampoco incitaba al optimismo, auguraba una deriva semejante a la que se registraba en el sur sudanés, donde Salva Kir, el sucesor de John Garang, amagaba regularmente con

reiniciar las hostilidades por las violaciones gubernamentales del tratado de Naivasha. Dos años después de que el ministro sudanés de Energía, Awad Ahmed al Jazz, divulgara el hallazgo en Darfur de reservas con capacidad de producir al día medio millón de barriles de petróleo, algunos estudios apuntaban que la región también escondía oro, uranio y agua en cantidades ingentes en su subsuelo. Pero ninguno de esos tesoros permitía albergar la esperanza de que Sudán abandonara el primer lugar mundial en la lista de Estados en peligro de colapso total por la depredación de su clase dirigente, según la revista estadounidense Política Exterior. Una relación que esa publicación realiza con doce indicadores sociales, políticos, económicos y militares, y en la que los otros dos Estados implicados en el drama también ocupaban posiciones punteras; Chad, en el quinto, y República Centroafricana, en el décimo puesto. Para más señas, ocho países africanos figuraban en los diez primeros lugares, un pelotón de cabeza que compartían con Irak y Afganistán, los campos de batalla permanentes de lo que Estados Unidos continuaba llamando “la guerra global contra el terror”.

Darfur no era uno de esos campos de batalla, pero se había convertido en el de una guerra que cumplía un lustro y había sido diferente a las demás. Y que amenazaba con ser peor por desconocida. Sus coordenadas no habían sido ideológicas, religiosas, ni estrictamente raciales.

El despliegue en marcha de cascos azules en Darfur, Wadai y Vakaga preludiaba el principio del fin de los enfrentamientos. Con tropas internacionales en las tres regiones resultaba difícil imaginar que se produjeran a corto plazo intentonas golpistas chadianas en Yamena, avances rebeldes centroafricanos hacia Bangui y que la maraña guerrillera del oeste sudanés propiciara un vuelco gubernamental en Jartum. O que las escaramuzas en los tres frentes establecieran una nueva relación de fuerzas entre los líderes que gobernaban en Chad, Sudán y la República Centroafricana, que deberían esperar para proseguir su lucha por el poder regional de la única manera que saben, las armas. Pero el impasse también presagiaba que continuaría el olvido de la población que permanecía atrapada entre el valle del Nilo y el lago Chad. Un territorio sin futuro donde se había registrado la primera guerra del futuro. Ban Ki-moon recordaba que un detonante decisivo del

conflicto había sido la desertización que había traído el calentamiento global, un fenómeno nuevo que las previsiones apuntaban que se extendería pronto a otras partes del planeta, donde podría sumarse al mal gobierno para que prendan más desastres. El primer síntoma había sido el abandono por desahucio de la casa de los fur, prisionera de la geografía, condenada por el clima, víctima del hombre.

Cronología

Siglo XIV

Llegada a Darfur de los árabes desde Wadai.

Siglo XVII

Creación del sultanato de Darfur por Suleiman Solong.

Inicio de la dinastía Keira.

Siglo XVIII

1787: Las tropas del sultán Mohamed Terab parten de Darfur, penetran en Kordofán y se establecen por unos meses en Omdurman, en el valle del Nilo.

1798: El Ejército de Napoleón Bonaparte conquista Egipto. El sultán Abderahman el Rachid mantiene correspondencia con Napoleón y establece en El Fasher la capital de Darfur.

Siglo XIX

1821: Las fuerzas egipcias del pachá de origen otomano Mehemet Ali conquistan Sudán.

1823: Fundación de Jartum.

1874: Supresión del sultanato de Darfur por las fuerzas egipcio-británicas del jedive otomano Ismail.

1881: El general británico Charles Gordon nombra al oficial austriaco Rudolf Slatin gobernador colonial de Darfur.

1883: El Ejército de El Mahdi conquista Darfur.

1885: El Ejército de El Mahdi toma Jartum. Charles Gordon es decapitado. Creación de un Régimen islámico en Sudán.

1898: Las tropas del general británico Herbert Kitchener desalojan de Jartum al califa Abdulahi, sucesor de El Mahdi, y restablecen en Darfur el sultanato en la persona de Ali Dinar.

Siglo XX

1916: Los británicos derrocan a Ali Dinar y desmantelan definitivamente el sultanato de Darfur.

1922: Delimitación territorial de Wadai, que pasa a formar parte de la colonia francesa de Chad, y de Darfur, que se integra en el protectorado británico de Sudán.

1956: Independencia de Sudán.

1962: Fundación del movimiento Anyanya en el sur del país. Inicio de la primera guerra en esa región.

1966: Golpe de Estado en Jartum del general Abboud. Rebeldes de Chad crean el FROLINAT y utilizan Darfur como base de sus incursiones en el país vecino.

1969: Golpe de Estado del general Gaafar el Nimeiry en Jartum y del coronel Muamar Gadafi en Trípoli.

1970: Grupos de islamistas sudaneses huyen a Libia del Régimen de El Nimeiry.

1972: Firma en Adís Abeba de un acuerdo de paz que pone fin a la primera guerra en el sur de Sudán.

1976: Los sudaneses exiliados en Libia penetran armados en Darfur con apoyo logístico del Régimen de Gadafi.

1979: Gukuni Uedei, cofundador del FROLINAT, toma el poder en Chad con el respaldo del Ejército libio.

1980: Gadafi y Uedei firman un acuerdo para unir Libia y Chad en un solo Estado en el que pretenden que se integre Sudán y que, de haberse convertido en realidad, hubiera tenido en Darfur su epicentro geográfico. Antes de que acabe el año, Hisene Habre, otro cofundador del FROLINAT que emplea Darfur como base de operaciones, derroca a Uedei y asume la presidencia en Chad.

1983: Tropas libias invaden el norte de Chad y promueven una rebelión contra Hisene Habre. Darfur sufre una dura sequía. El Nimeiry impone la sharia o ley islámica en todo Sudán. Creación del Ejército de Liberación Popular de Sudán (ELPS) por John Garang e inicio de la segunda guerra en el sur del país.

1986: Sedik el Mahdi es elegido presidente de Sudán y fragua una alianza con Gadafi, que envía a Darfur las Legiones Islámicas para desestabilizar Chad.

1987: Inicio de los enfrentamientos entre fur y árabes en Darfur en disputa por la escasez de tierra fértil, que provocan desplazamientos de población a Wadai. Manifiesto de los árabes de Darfur en el que reclaman más parcelas de poder regional.

1989: Fin de los enfrentamientos entre fur y árabes en Darfur. Golpe de Estado del general Omar Hasan el Bechir en Jartum. Firma de un tratado de unión de Libia y Sudán.

1990: Dris Deby es el tercer rebelde chadiano que utiliza Darfur

para tomar por la fuerza de las armas el poder en Yamena, donde desaloja a Habre con el apoyo de Trípoli y Jartum.

1991: Una columna del ELPS parte del sur de Sudán con Daoud Yahya Bolad al frente con la intención de extender a Darfur la rebelión de la región meridional, pero es derrotada por tropas del Ejército y milicias árabes. El Bechir nombra gobernador de Darfur al coronel Al Tayib Mohamed Kheir, conocido por sus brutales métodos represivos y que impone una política de arabización. Sudán toma partido a favor de Irak en la guerra del Golfo, lo que le gana fuertes críticas en Occidente.

1993: Bin Laden se instala en Sudán donde permanecerá hasta 1995 invitado por Hasan el Turabi. Fase más islamista del Régimen de El Bechir, que es acusado de implicación en el primer atentado contra el World Trade Center de Nueva York.

1994: El Bechir redistribuye administrativamente Darfur, que divide en Darfur del Norte, Darfur del Sur y Darfur del Oeste, lo que convierte a los fur en una minoría en cada una de las tres provincias cuando son la mayoría en el conjunto de la región.

1996: Inicio de la sublevación en Darfur de los masalit, miles de miembros de esa tribu huyen a Wadai.

1999: Fin de la sublevación de los masalit.

Siglo XXI

2000: Caída en desgracia de Hasan el Turabi en Jartum, donde el Régimen de El Bechir abandona su beligerancia islámica. El Turabi publica el “Libro Negro”, en el que denuncia la marginación por los árabes de la población africana de Sudán.

2001: Jóvenes fur y zaghawa se conjuran en el Jebel Marra para combatir contra el Régimen de Jartum. Tratan de asociar a los masalit a la iniciativa pero las rivalidades tribales malogran la

alianza. El Régimen de Jartum condena los ataques del 11-S en Nueva York, Washington y Pensilvania y ofrece a Washington su colaboración en "la lucha global contra el terror".

2002: Firma del protocolo de Machakos, con la mediación entre otros países de Estados Unidos y que sienta las bases para un acuerdo de paz que ponga fin a la segunda guerra en el sur de Sudán.

2003: Inicio de la guerra en Darfur con los ataques rebeldes a Gulu, El Fasher, Tine y Kutum. Se dan a conocer los dos grupos insurrectos, el Movimiento para la Liberación de Sudán (MLS) y el Movimiento para la Justicia y la Equidad (MJE). Fracaso del primer intento de mediación, protagonizado por Deby.

2004: El secretario general de la ONU, Kofi Annan, visita Darfur después de que la organización mundial denunciara que el oeste de Sudán es el escenario del "peor desastre humanitario del siglo XXI". El secretario norteamericano de Estado, Colin Powell, culpa al Régimen de Jartum del "genocidio" en la región. La entrada en combate de los janjaweed y los bombardeos aéreos del Ejército sudanés frena los avances de los rebeldes. El Consejo de la ONU aprueba la resolución 1556, primera adoptada sobre la crisis de Darfur y que preveía sanciones contra el Régimen de Jartum.

2005: Firma del acuerdo de paz de Naivasha, basado en el protocolo de Machakos y que pone fin a más de veinte años de guerra en el sur de Sudán. Muere en accidente aéreo el ex líder rebelde sureño John Garang, semanas después de asumir la vicepresidencia en Jartum. Visita a Washington del jefe de los servicios secretos sudaneses, Saleh Abdalah Gosh, quien garantiza a Estados Unidos la colaboración de Sudán en la "lucha global contra el terror". Los combates en Darfur extienden la inestabilidad en Wadai, donde surgen grupos rebeldes que se proponen derrocar a Deby.

2006: Los rebeldes chadianos de Wadai fracasan en una operación para asesinar a Deby, quien acusa a El Bechir de colaborar en el intento de magnicidio. Firma del acuerdo de paz de Abuja que sólo suscribe la facción del MLS liderada por Minni Minawi y rechaza el resto de los rebeldes. Inicio en Darfur del proceso de división entre los insurrectos, que se escinden en una veintena de grupos. Como

en Wadai a consecuencia de la inestabilidad en Darfur, surgen grupos rebeldes en la provincia de Vakaga, en el norte de la República Centroafricana, que tratan de derrocar al presidente de ese país limítrofe, Francois Bozize.

2007: El nuevo secretario general de Naciones Unidas, Ban Ki-moon, sostiene que el conflicto del oeste sudanés sigue siendo "el mayor desastre humanitario del siglo XXI" y cifra en cuatro millones el número de afectados por el conflicto que "necesitan ayuda urgente". China cede a la presión internacional y obliga a su aliado Sudán a aceptar el despliegue en Darfur de una fuerza militar de la ONU y la Unión Africana (UA), en paralelo a una de la UE en Wadai y Vakaga. El Departamento Norteamericano de Estado califica a Jartum de "socio seguro" en la defensa de los intereses de Washington y certifica que no hay presencia de Al Qaeda en Darfur.

2008: Otra vez con el apoyo de Sudán, los rebeldes chadianos de Wadai fracasan de nuevo en su intento de golpe de Estado contra Deby, que como en la anterior ocasión cuenta con el apoyo de Francia. El inicio del despliegue de la fuerza de la ONU y la UA en Darfur, y de la UE en Wadai y Vakaga, no detiene los combates ni el flujo de población en las zonas fronterizas entre las tres regiones. Ban Ki-moon afirma que la desertización y la reducción de la tierra fértil debido al calentamiento global es un "factor decisivo" del conflicto de Darfur, que cumple un lustro.

Mapas

Nilo
DARFUR
DEL NORTE
Jartum
El Fasher
El Genina
SUDÁN
Nilo Azul
DARFUR
DEL OESTE
Nyala
DARFUR
DEL SUR
Nilo Blanco
Juba

Trípoli
LIBIA
El Cairo
EGIPTO
Mar Rojo
Nilo
CHAD
Jartum
SUDÁN
ERITREA
Asmara
Yamena
Nilo Azul
Adís
Abeba
REPÚBLICA
CENTROAFRICANA
Nilo Blanco
ETIOPÍA
Bangui
UGANDA
KENIA
Kampala
Nairobi
REPÚBLICA
DEMOCRÁTICA
DEL CONGO
Kinshasa

Table of Content

La casa de los fur

Darfur en el Sudán independiente

La guerra

Los protagonistas

Espectadores, cómplices, vecinos

Mediaciones, negociaciones, soluciones inconclusas

Las coordenadas del desastre, un lustro después

Mapas

Table of Content